
SS
SERVICIO SECRETO
BB
SILENCIO SOBRE MI TUMBA
george h. white

SILENCIO SOBRE MI TUMBA

GEORGE H. WHITE

SILENCIO SOBRE MI TUMBA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 705
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 28000 - 1963

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN: FEBRERO - 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 5340/63

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL



CAPÍTULO PRIMERO

Desde las cinco de la tarde llovía sin interrupción y a las seis era casi completamente de noche, brillando ya los focos de los «docks» a lo largo de los muelles.

Como falto de ligereza, el humo de las chimeneas fabriles se extendía perezosamente a modo de neblina. El aire, frío y húmedo, estaba impregnado de olores a humo de hulla, a vapores de *fuel-oil*, a vapores picantes procedentes de la poderosa industria química, que se extendía veinte millas a lo largo de la orilla izquierda del río Detroit desde Wyandotte a su desembocadura.

En el río seguían pasando los trenes de barcazas tiradas por pequeños y vigorosos remolcadores. El mugido de las sirenas tenía una extraña resonancia y todos los demás ruidos parecían como comprimidos entre el suelo y el bajo toldo plomizo de las nubes destilando lluvia.

Desde Waterfront Park, resguardado de la lluvia bajo el alero de un quiosco dedicado a la venta de novelas y revistas, Wolf Carey podía ver sobre el río la orilla canadiense, y en ella las luces de Windsor parpadeando a través de la llovizna en la creciente oscuridad del anochecer.

El quiosco había cerrado a las cinco, y el hombre que lo atendía se marchó en uno de los autobuses que pasaban con toda regularidad cada cinco minutos, pero Carey seguía allí esperando pacientemente, mientras sentía que el frío y la humedad le iban calando lentamente los ateridos

pies.

No sentía frío en el cuerpo, bien protegido por el chaquetón de cuero, y las manos las tenía enfundadas en gruesos guantes de conductor con manoplas. También llevaba una gorra de cuero, y su aspecto, en general, era el de un conductor de camión, que era precisamente lo que se proponía al adoptar aquella indumentaria.

Llegó un nuevo autobús, pero este no se detuvo.

Tras los cristales empañados de las ventanillas desfilaron brevemente ante Carey los pasajeros del autobús; hombres y mujeres que regresaban del trabajo y se dirigían a sus casas con ganas de cambiar los zapatos por las zapatillas, quitarse la ropa húmeda y sentarse ante el receptor de televisión con un niño sobre las rodillas.

La vida era monótona y siempre igual, por lo menos para un noventa y nueve por ciento del género humano. Wolf pensaba a veces que también a él le agradaría este género de vida; levantarse por la mañana a la misma hora que otros millones de norteamericanos, desayunar con prisas, despedirse de la esposa con un beso y llegar a la hora justa al trabajo.

Trabajar toda la mañana ante una mesa de oficina, tomar el «lunch» de las doce, reintegrarse a la oficina y dar de mano a las cinco de la tarde para regresar a casa, escuchar de la esposa las últimas travesuras de los chicos, calzarse las zapatillas y sentarse con el niño más pequeño sobre las rodillas ante la pantalla de televisión.

Muchas personas eran felices viviendo de este modo, pero aunque a veces pensara lo contrario, este no era el género de vida que le hubiera gustado a Wolf.

Distraído como estaba en sus pensamientos, Wolf no reparó en el auto que llegaba hasta que este se detuvo al bordillo y se abrió la portezuela. Un rostro ancho y coloradote asomó y una voz le llamó:

—Señor Carey…

Wolf abandonó el resguardo del quiosco para cruzar bajo la lluvia hasta el automóvil. Covert empuñaba de nuevo el volante. Wolf tomó asiento a su lado y cerró la portezuela.

—A no ser porque había concertado con usted el lugar exacto de la cita, no le habría reconocido con esa indumentaria —dijo Covert.

—¿Cree que puedo pasar por un camionero?

—Sí, al menos por su aspecto exterior. Lo que no pensé en preguntarle el otro día, es si realmente sabe conducir un camión.

—He aprovechado estos últimos días para adiestrarme un poco.

—Bueno, bueno… —murmuró Covert—. Como le dije por teléfono, hoy puede ser el día en que intenten asaltar el camión de Mac Faden. La carga que llevarán a Muskegon es de la clase que gusta robar a esos sinvergüenzas.

—¿Licores?

—Productos farmacéuticos, en especial penicilina y estreptomicina. Los antibióticos tienen una gran salida y son fáciles de introducir en determinados países, especialmente en la China.

—¿Qué dijo Mac Faden al recibir esa carga?

—Nada. Mac Faden es un hombre cumplidor. El hecho de haber sido amenazado por los «raketers» no le exime de la obligación de transportar cualquier clase de carga que se le ordene. Por otra parte, Mac Faden se abstuvo de denunciar su último incidente con los «raketers», de modo que nosotros no sabemos nada de lo que ocurrió… o eso al menos es lo que él cree.

—¿Dónde está el camión?

—En Hamtramck. Voy a llevarle directamente allí.

Wolf asintió y guardó silencio.

Diez minutos después entraba el automóvil de Covert por las puertas de un gran almacén de productos farmacéuticos. El camión, un pesado «Mark» de doble puente trasero con remolque, acababa de completar su carga. Los obreros del almacén aseguraban los grandes toldos siguiendo las instrucciones que impartía un enérgico escocés de cabellos rojizos, poderosas espaldas y cuello corto y grueso como el de un toro.

—Ese es Mac Faden —señaló Covert al apearse del auto—. Venga, se lo voy a presentar.

En este momento Mac Faden firmaba el conforme de la carga recibida que le presentaba un hombre vestido con guardapolvo blanco.

—Venga aquí cuando pueda, John —dijo Covert.

Mac Faden se guardó en el bolsillo de su chaqueta de cuero la copia de la hoja y se acercó al rincón donde le esperaban Wolf y el administrador de la «Merchandise General Truk».

—Este es su nuevo ayudante, John —dijo Covert, señalando a Carey con el dedo—. Espero que sea de su gusto, porque no he podido encontrar otro.

Mac Faden midió de arriba abajo al joven que estaba ante él. La buena talla, los rasgos enérgicos del rostro de Wolf y la tranquila luz de sus pupilas azules debieron satisfacerle. Wolf esperaba que el escocés le estrecharía la mano, pero no hubo nada de eso.

—Está bien, me arreglaré con él —dijo Mac Faden.

—Así, pues, les dejo. Buen viaje —dijo Covert. Y dándoles la espalda se alejó para volver a su automóvil.

Poco después, sentado en la cabina del gigantesco «Mark» a dos metros de altura sobre el suelo, Wolf Carey seguía atento las manipulaciones de Mac Faden sobre la palanca del cambio de velocidades. El camión salió ajustadamente por las amplias puertas del almacén y fue casi a subirse sobre la acera de enfrente para dar lugar a que pudiera virar el remolque que le seguía.

Hasta que salieron a la autopista, los dos hombres guardaron silencio.

—¿Eres nuevo? —preguntó Mac Faden, sin apartar sus ojos de las luces zagueras de otro camión que les precedía.

Wolf se dijo que sería una tontería presumir de veteranía ante un hombre ducho en el oficio como Mac Faden.

—Sí.

—Hay un millón de profesiones que un hombre joven podría escoger. ¿Por qué la de camionero, que es la peor de todas?

—¿Por qué la escogió usted?

Mac Faden profirió un gruñido y guardó silencio.

Había dejado de llover por el momento, pero el camino seguía mojado y los automóviles que constantemente estaban adelantando al camión producían con sus llantas un ruido parecido al despegar de una tira de esparadrapo de la piel.

Trece millas y veinte minutos más tarde, Mac Faden encendió los intermitentes que indicaban que iba a detenerse. En este momento empezaba de nuevo la fría y menuda llovizna. Wolf vio allá delante el anuncio de neón de un parador junto a una estación de servicio, pero el camión se detuvo antes de llegar al espacio iluminado donde se veían aparcados gran número de camiones de gran tonelaje.

—¿Has comido? —preguntó Mac Faden.

—No.

—La mayoría de los conductores de ahora suelen pararse a comer en esos paradores a la vera de la ruta, con lo cual hacen ricos a esos ladrones y nunca llevan un dólar en el bolsillo. Tú puedes hacer lo que quieras, pero yo como siempre sobre la marcha.

El camión acababa de detenerse y Wolf pudo ver a una muchacha enfundada en un impermeable de celofán que se acercaba bajo la lluvia llevando una caja como las que suelen utilizar los obreros de la construcción de las grandes ciudades para llevar su almuerzo.

—Abre esa puerta, tú… ¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Wolf. Wolf Carey.

—Ábrele a mí chica. Viene a traerme la comida.

La muchacha se encaramó al alto estribo del mastodonte para asomar su lindo rostro, mojado por la lluvia, en la caliente cabina.

—Hola, papá.

—Hola, hija. Dale la caja a este. Se llama Wolf… y no sé qué más.

—Wolf Carey —apuntó este.

—¿Cómo está usted? —dijo la muchacha, poniendo la caja en manos de Wolf—. Mi nombre es Tacetta.

—Tanto gusto.

—Dejaos de cumplidos —rezongó Mac Faden—. ¡Ni que estuviéramos en un baile de sociedad! Tacetta, apéate y vuelve a casa enseguida. Y no te entretengas al cruzar el sendero. Deberías haber traído el auto, no me

gusta que una chica ande sola por estos andurriales a tales horas.

—¿Qué lleváis en el camión?

—Repuestos de automóvil. Y vete ya.

La muchacha saltó al barro y Wolf cerró la portezuela mientras el «Diésel» trepidaba y el camión se ponía de nuevo en marcha.

—¿Por qué le ha mentido a la chica? —preguntó Wolf cuando ya las luces de neón de la estación de servicio quedaban atrás—. No suelen cargarse repuestos de automóvil en un almacén de productos farmacéuticos.

—Tú eres novato, ¿no es eso? Pues atiende lo que te digo. Para todo aquel que te pregunte, la carga es de accesorios de automóvil. No es necesario que sepas por qué. Para ti y también para mí, es mejor que crean eso.

No insistió Wolf en sus preguntas. Después de todo, demasiado sabía la razón de esta preocupación de Mac Faden por la carga del camión.

Sacó los cigarrillos y ofreció a Mac Faden, pero este negó con la cabeza. La lluvia se estrellaba contra los cristales y los cepillos limpiaparabrisas iban y venían en rítmico movimiento de vaivén. Veinte minutos más tarde, al ver el anuncio de neón de un nuevo parador, Carey sugirió a su taciturno compañero:

—Si quiere parar un momento bajaré a comprar un par de emparedados y una lata de cerveza.

—No paramos en ningún sitio. Si tienes gana, abre mi caja y toma lo que quieras.

—¡Oh, no! No estaría bien…

—Hazlo, al menos por esta vez. En lo sucesivo, si has de venir conmigo, sabrás que con determinadas cargas nunca me detengo en parte alguna excepto que tengamos avería y no haya más remedio.

Más por curiosidad que por verdadero apetito, Wolf levantó la tapa de la caja que descansaba sobre sus rodillas.

Todo estaba cuidadosamente ordenado; los emparedados envueltos en sus correspondientes servilletas de papel y la fruta en un saquito de celofán, en la primera tanda. En el fondo, la fiambrera, una lata de cerveza, un salchichón, dos barras de chocolate, el tenedor y el cuchillo. Todo cubierto con una servilleta bordada a mano con primor.

—Tiene usted una chica muy hacendosa —observó Wolf mientras empezaba a mordisquear un emparedado—. ¿Tiene novio?

—No. Y jamás se casará con un camionero.

—¿No le gustan los camioneros?

—A ella tal vez. A mí, no. Quiero para Tacetta un muchacho tranquilo, no importa cuál sea su empleo, con tal que todas las noches regrese a casa y pueda estar junto a su familia, comer con su mujer y cuidarse de la educación de los hijos…

Mac Faden se interrumpió mirando al espejo retrovisor que quedaba en la parte de afuera, unido al marco de la portezuela por un soporte.

Un camión, más rápido y ligero que el pesado y gigantesco «Mark», iniciaba en este momento el adelantamiento por la izquierda. Mac Faden redujo la marcha para dar lugar a que la maniobra iniciada por el otro resultara más breve.

Apenas el camión había adelantado al «Mark», cuando se echó a la derecha cortando el paso, de tal modo que Mac Faden tuvo que pisar a fondo el freno mientras soltaba un reniego. La colisión no llegó a producirse, pero el camión acababa de situarse delante del «Mark» y guiñaba insistentemente sus pilotos rojos, indicando que el conductor estaba pisando y soltando, alternativamente, el pedal del freno.

Simultáneamente, un turismo de largo y potente motor se situaba a la izquierda, manteniéndose a la misma altura del «Mark», mientras por una de las ventanillas asomaba un hombre que apuntaba a Mac Faden con una ametralladora y gritaba algo que no llegó a entenderse entre el trepidar del «Diésel», pero que inequívocamente equivalía a una orden de detenerse.

Mac Faden, en realidad, no podía hacer otra cosa. El camión que llevaba delante estaba frenando y él tuvo que actuar, a su vez, sobre los frenos para no estrellarse contra la zaguera de su predecesor.

A todo esto, Mac Faden había empezado a soltar reniegos y maldiciones.

—¡Malditas ratas de cloaca!… ¡Estamos en un país sin justicia… en la jauja de los ladrones, los sinvergüenzas y los pistoleros! ¡Así os parta un rayo, hijos de una cerda! ¡Bandidos! ¡Cobardes!

El «Mark» se detuvo al fin con el capó tocando la trasera del camión que se había detenido delante. Mac Faden empujó la portezuela y saltó a la carretera rugiendo como un león.

Wolf no había traído arma alguna. Había pensado en coger su pistola, pero luego le aconsejaron que no lo hiciera. Realmente, poco podría él con una pistola contra los «raketers» armados de ametralladoras.

El auto de turismo había seguido para detenerse delante del primer camión. Mac Faden echó a correr en busca de pelea con el conductor del camión que le había obligado a detenerse. Wolf empujó a su vez la portezuela y saltó a la cuneta llena de agua. Una linterna eléctrica le enfocó de lleno y una voz gritó:

—¡Alto, no te muevas, muchacho!

Sin escuchar la orden, Wolf se metió entre el capó del «Mark» y la trasera del camión interceptor para salir al otro lado. Allí encontró a Mac Faden que estaba discutiendo a gritos con un par de individuos, uno de ellos armado con una metralleta.

Otros dos hombres salieron por delante del camión interceptor, y uno por último lo hizo por detrás de Wolf incrustando en las espaldas de este el

doble cañón aserrado de una, escopeta de gran calibre.

Wolf levantó los brazos y el hombre que estaba tras él gruñó:

—¡Idiota, baja los brazos! ¿Quieres que se den cuenta todos los autos que pasen por aquí?

Mac Faden chillaba:

—¡Escucha, Watson, cara de besugo… tendrás que matarme para llevarte una sola caja de mi camión! ¿Te enteras?

El de la metralleta puso el cañón de su arma en el estómago de Mac Faden. El valiente escocés la apartó de una manotada.

—¡No me asustáis con vuestros juguetitos! Sé de todo lo que sois capaces con esos chismes, y os digo que no tenéis agallas para disparar contra un viejo como yo.

—Te estás portando como un crío, Mac —dijo el que parecía llamarse Watson, el cual ciertamente tenía hocico y ojos saltones y redondos de besugo—. Pasemos al otro lado.

—¡Yo estoy bien aquí!

Un empujón tiró a Mac Faden al suelo entre el capó del camión y la trasera del lujoso turismo. Al moverse los hombres para coger al caído y arrastrarle hasta la cuneta, Wolf pudo verles el rostro a la luz de los focos del camión.

También obligaron a Wolf a pasar entre los dos vehículos hasta el otro lado de la calzada.

Dos de los hombres cogieron al fornido Mac Faden por la chaqueta y le pusieron en pie. Watson acercó su cara al abotargado rostro del indignado escocés.

—Escucha, Mac, cabezota. La vez pasada nos aguaste la fiesta, pero te aseguro que no habrá una repetición de aquello. Sé consecuente y acepta los hechos. Te ganarás quinientos y tan tranquilo. O eso o te quedarás aquí en la cuneta con la cabeza abierta.

—¡No, no y mil veces no! Abridme la cabeza, pero no acepto ni uno de vuestros cochinos dólares. ¡Ni desde luego consiento que me robéis quedándome con los brazos cruzados!

—Nos lo estás poniendo muy difícil, Mac —dijo otro de los hombres, un individuo alto, huesudo, de hombros caídos y ojos profundos de expresión melancólica—. Sé razonable y comprende que nuestra paciencia tiene un límite. De sobra sabes cómo solemos gastarlas con los tipos obstinados como tú.

—¡Naturaca! —exclamó, usando una expresión típica de los bajos fondos el hombrecillo ruin que manejaba la ametralladora—. ¿Por qué te figuras que somos tan pacientes contigo, si no es por no causarle «prejuicio» al padre de Rolan Mac Faden?

—Si es por eso que me dais un trato distinto, no os detengáis, muchachos. No quiero ni protección ni favores que vengan de ese granuja.

—Como tú quieras, Mac —rezongó Watson. E hizo una seña imperceptible a uno de los que estaban junto a Mac Faden.

El «raketer» levantó una pesada llave inglesa y asestó, por detrás, un golpe contra el cráneo de Mac Faden. La voz de aviso que involuntariamente brotó de la garganta de Wolf no llegó a tiempo de impedir que la herramienta alcanzara de lleno al viejo.

Mac Faden dobló las rodillas y cayó de cara sin proferir un gemido. El agua que corría por la cuneta salpicó a todos.

—Volvedle boca arriba, no se vaya a ahogar —gruñó Watson.

Mientras uno de ellos tiraba de un brazo del caído para volverle boca arriba y recostarle contra la cuneta, el llamado Watson se acercó a Wolf.

—Veamos, ¿y tú quién eres? No te conozco. ¿Eres nuevo en la «Merchandise General Truk»?

—Empecé hoy —contestó Wolf.

—Pues mal principio has tenido, chico. Si quieres llegar a viejo, tendrás que guardar silencio acerca de lo que aquí ha pasado esta noche. De lo contrario, tendrás una hermosa tumba y un total silencio sobre ella, ¿sabes lo que eso significa? Significa, simplemente, que nadie sabrá quién te empujó fuera de la carretera, o cómo fuiste a parar bajo las ruedas de tu camión, o cortó el cable que derrumbó una carga de media tonelada sobre tu cabeza. ¿Lo vas entendiendo?

—Creo que sí.

—Naturalmente, tendrás tu recompensa si mantienes la boca cerrada. Y ahora vuélvete.

—¿Para qué?

—Hay que cubrir las apariencias, muchacho. Basta con que recuerdes esto. No viste a nadie. Al bajar del camión te golpearon en la cabeza y perdiste el sentido. No te golpearé demasiado fuerte.

Nadie se presta con gusto a que le asesten un golpe en la cabeza, pero Wolf no tenía dónde escoger en aquel momento.

Aunque había prometido pegarle no muy fuerte, el golpe que recibió con el cañón de la pistola de Watson le derribó de bruces sin sentido junto a las ruedas del camión.

CAPÍTULO II

El teniente North era un joven atildado, lindo, sonrosado y delicado como una muchacha, de ojos claros con largas pestañas y cabellos rubios, que rezumaban brillantina.

Llevaba North el uniforme como uno podía imaginar que lo llevaría un figurín, si hubiese figurines para presentar las últimas modas en uniformes de policía; exageradamente entallado, ancho de hombros y sin una sola arruga. Uno pensaba que un hombre así debería resultar afectado, pero North no lo era, y esto era lo que sorprendía más en él.

—Siéntese, amigo. Vamos a tomarle declaración —dijo el teniente, señalando a Wolf una silla ante la mesa. Llamó al policía de servicio de ordenanza—. James, ¿quiere traer, por favor, un par de tazas de café?

La oficina era espaciosa, con varias mesas y máquinas de escribir, pero a estas horas de la noche estaba casi vacía. Una estufa en el centro de la habitación irradiaba un agradable calor.

Mientras el teniente preparaba la máquina de escribir, Wolf cavilaba en la mejor forma de salir de aquel atolladero.

Hubiera sido fácil para Wolf declarar: «Soy el teniente Carey del F.B.I.», con lo cual, tras una breve explicación, hubiera podido marcharse a casa, quitarse la ropa húmeda, y evitar el resfriado que, inevitablemente, pillaría esta noche.

Pero lo más fácil no era lo más conveniente en este caso.

La Oficina Federal había intervenido en el asunto de los robos a los camiones, actuando a espaldas de la policía del Estado. Y la policía iba a poner el grito en el cielo tan pronto se supiera que el F.B.I. se inmiscuía en un asunto que, mirado bajo determinado aspecto, era de la jurisdicción exclusiva de las leyes estatales.

La discrepancia entre la Oficina Federal de Investigación y la policía, tanto en el Estado de Michigan como en el resto de los Estados de la Unión, tenía por fundamento una disparidad de objetivos.

En efecto, mientras para la policía del Estado de Michigan era suficiente echar el guante a los «raketers» y meterlos un par de años a la sombra, para la Oficina Federal este era solo el comienzo, y no ciertamente la parte más importante de un asunto mucho más complejo, en el cual resultaban implicadas y seriamente perjudicadas las leyes federales.

En el fondo de todo estaba el propósito del F.B.I. de asestar un golpe mortal al poderoso sindicato de los camioneros: «National Trukers Workers Association», cuyos jefes violaban impunemente la Ley Antimonopolio y tenían, de hecho, en sus manos un poder superior al del presidente de los

Estados Unidos, pues podían, con una sola orden, paralizar el transporte y causar el colapso de toda la industria y el comercio hasta en los rincones más lejanos del país.

Pero más que el hecho de poseer este poder supremo, lo que el F.B.I. trataba de denunciar era la forma anticonstitucional de ejercerlo, por medio de la coacción, el soborno, la amenaza y, en ocasiones, hasta el crimen.

Los repetidos asaltos a los camiones eran una forma de las muchas que presentaba el grave problema, pues era el propio sindicato, a través de sus pistoleros quien, contando con la complicidad voluntaria o forzada de los camioneros, según los casos, desvalijaba los camiones con plena impunidad.

Si eran los mismos jefes quienes se beneficiaban de estos robos, o simplemente transigían con ellos, haciendo la vista gorda, esto era lo que Wolf Carey tenía que averiguar.

Mientras Wolf se encontraba cavilando, entraron en la oficina tres nuevos personajes, de los cuales solamente uno vestía de uniforme.

—Hola, capitán —dijo el teniente North, saludando con un ademán despreocupado—. ¿Por qué se ha molestado? El asunto no parece distinto de los demás.

El capitán Rim, a quién Wolf conocía por referencias, colgó su sombrero de la percha y sacudió las gotas de lluvia de su impermeable antes de quitárselo y colgarlo con el sombrero.

—Sargento, vea si anda por ahí el ordenanza y que traiga café.

El sargento, de estatura regular, fornido, de prominente mandíbula y frente angosta, se dirigió a la puerta por la cual había salido antes el ordenanza.

El tercer hombre uniformado llevaba los galones de sargento y era el mismo que había traído a Wolf hasta el cuartel general de la policía de tráfico en Detroit. Se llamaba Caro Poncielli y era, a todas luces, de origen italiano, regordete, de aspecto saludable, con ojos negros muy vivos y propenso a los ademanes exagerados cuando hablaba, sobre todo si se encontraba en estado de excitación.

El capitán Rim se acercó lanzando sobre Wolf una mirada dura y penetrante.

—¿Cómo te llamas?

—Wolf Carey.

—¿Camionero?

—Sí.

—Quiero ver tus documentos.

Wolf Carey sacó y mostró su carnet de identidad nacional, así como los documentos acreditativos de que había estado pagando las cuotas mensuales del sindicato a que pertenecía.

Mientras, llegó el ordenanza depositando sobre la mesa una bandeja con media docena de tazas de café.

—Muy bien —dijo Rim, cruzando los brazos y sentándose en el borde de la mesa—. ¿Qué ocurrió?

—Un camión nos adelantó y se puso delante cortándonos el paso. Mac Faden tuvo que parar. Yo me apeé para ver qué ocurría... cuando me golpearon por detrás y perdí el sentido. Es todo cuanto sé.

—Ese cuento está muy gastado, Carey. Vosotros, los camioneros, nunca veis nada ni sabéis nada. Cuéntame otra versión, a ver si me la creo.

—Le digo la verdad. Yo...

Un brutal revés del capitán Rim alcanzó a Carey en plena boca y le tiró de espaldas, al suelo, con silla y todo.

La indignada reacción de Wolf consistió en levantarse de un brinco y avanzar en dirección a Rim con los puños cerrados y la mirada centelleante.

—Tienes ganas de pelea, ¿eh? —dijo Rim, saltando al suelo.

Wolf se contuvo recordando que estaba obligado a seguir representando su papel.

—Llévenle al cuarto, le interrogaremos allí —dijo Rim.

El sargento Steuben cogió a Wolf por el brazo y le empujó rezongando.

—Vamos, buena pieza. Yo te aplicaré una receta para que recobres la memoria, ya lo verás...

La habitación donde Steuben llevó a Wolf era pequeña y estaba desprovista de muebles, a excepción de unas cuantas sillas y algunos focos con pantalla que colgaban del techo y estaban fijos a los muros por medio de brazos articulados. Steuben oprimió un timbre, y tres o cuatro hombres entraron en el cuarto y tomaron asiento a horcajadas en las sillas para contemplar inquisitivamente al detenido.

Wolf, como policía, no ignoraba en qué consistía lo que solía llamarse «interrogatorio en primer grado». Este era una práctica que, de hecho, estaba prohibida, pero que la policía utilizaba, a veces, cuando la condición del detenido y el interés por obtener una confesión lo justificaban en cierto modo.

Aun así, una confesión obtenida bajo coacción carecía de fuerza probatoria, sobre todo si el detenido podía demostrar que le había sido arrancada a la fuerza.

Aunque posteriormente Wolf podría haber denunciado a Rim acusándole de prácticas indebidas, la verdad era que no merecía la pena someterse a un largo y penoso interrogatorio a riesgo de recibir unas cuantas bofetadas. Después de todo, ¿qué era lo que ellos querían saber?

Rim entró en la habitación y se puso en jarras delante de Wolf.

—Veamos si ya recuerdas algo. ¿Qué ocurrió?

—Un camión nos adelantó y se puso delante interceptándonos el paso.

Al mismo tiempo avanzó por la izquierda un turismo desde el cual nos amenazaron con una ametralladora. Paramos. Mac Faden echó pie a tierra y yo le seguí. Mac Faden estaba discutiendo con alguien...

—¿Le viste la cara a ese alguien?

—No, apenas le pude distinguir. En ese momento alguien apagó los faros de nuestro camión. Me volví y vi un hombre que venía por detrás y me apuntaba con una escopeta de cañones aserrados.

—¿Le viste la cara a ese?

—Bastante mal, pero le vi. Me dijo que no me moviera. Más allá seguían discutiendo Mac Faden y los otros.

—¿Qué era el tema que discutían?

—Querían que Mac Faden permitiera que se llevaran la carga del camión. Mac se oponía. Dijo que tendrían que pasar sobre su cadáver... Entonces debieron golpearle. El que estaba a mis espaldas preguntó qué tenía que hacer conmigo. Un hombre vino desde la oscuridad y me dijo que lo pasaría mal si abría la boca y contaba nada de lo que acababa de ver.

—Pero tú no viste nada, ¿eh? —insinuó Rim con reticencia.

—Estaba muy oscuro aquello. Habían apagado todas las luces dejando solamente encendidos los pilotos de situación. Me advirtieron que iban a darme un golpe suave... solo lo indispensable para que pudiera alegar que había perdido el sentido y no sabía nada. Lo que ocurrió fue que me golpearon bastante fuerte y perdí el conocimiento de verdad. Volví en mí cuando se largaban llevándose el remolque. Fui al camión, encendí las luces y vi a Mac tendido en la cuneta. Me pareció que estaba bastante grave, sangrando abundantemente por una herida de la cabeza. Salí a la carretera y detuve al primer auto que pasó, con recado para que avisara a la policía tan pronto como pudieran. El sargento Poncielli llegó al cabo de unos diez minutos en un auto y poco después vino la ambulancia. Esa es la verdad de todo cuanto ocurrió.

—¿Podrías reconocer a alguno de los ladrones si le vieras de nuevo?

—No lo sé. Había muy poca luz. Tal vez reconociera al de la escopeta.

—De acuerdo. Traemos a unos cuantos sospechosos para que les eches un vistazo —el capitán Rim se alejó hacia la puerta, diciendo entre dientes al sargento Steuben—: Me da la impresión que estamos perdiendo el tiempo. Este ha sido bien aleccionado... como todos los demás que nunca lograron identificar a nadie.

Los dos hombres salieron sin que Wolf alcanzara a oír lo que decía el sargento.

Le condujeron a una celda angosta, con un solo camastro y sin ningún otro mueble, pero con un pequeño lavabo que daba agua fría y caliente, y una toalla que colgaba de un gancho de plástico pegado a los ladrillos por medio de una ventosa. La celda no tenía espejo, ni clavos, ni ninguna otra

cosa que pudiera ser utilizada por el detenido para llevar a cabo un intento de suicidio.

Hasta la luz quedaba demasiado alta para poderse alcanzar, ni siquiera saltando desde el camastro.

Armándose de paciencia, y puesto que nada podía hacer sino esperar, Wolf Carey procedió a quitarse el chaquetón, los zapatos y los empapados calcetines. También tenía húmedos y sucios de barro los pantalones, y se los quitó, colgándolos del gancho de la toalla.

Para devolver el calor a sus pies y restablecer la circulación de la sangre en ellos, Wolf abrió el grifo del lavabo y sumergió un pie tras otro en el agua, agradablemente caliente.

Tomó asiento en el borde del camastro para enjugárselos con la toalla y en este momento dieron unos golpecitos suaves en la puerta. Wolf levantó los ojos y entonces vio una hoja de papel que se deslizaba por debajo de la puerta.

Intrigado, cogió el papel y vio que estaba escrito en caracteres que imitaban más o menos los tipos de imprenta. Decía:

> «TEN MUCHO CUIDADO. NO VAYAS A IDENTIFICAR A NINGUN HOMBRE DE LOS QUE TE PRESENTEN, PORQUE TE VA EN ELLO LA VIDA. ROMPE ESTE PAPEL Y COMETELO».

¿De modo que el sindicato tenía también sus agentes introducidos en el cuerpo de policía?

No era para extrañarse. El F.B.I. llevaba mucho tiempo sospechando la existencia de más de un cómplice entre la propia policía. No había otra manera de explicar la curiosa coincidencia que hacía que nunca hubiera un coche patrullero en las proximidades de los lugares donde los camiones eran interceptados y «asaltados».

Aunque eran muy escasas las probabilidades de descubrir al autor de la nota por los rasgos de la escritura, Wolf guardó el papel en vez de romperlo y digerirlo como se le ordenaba.

Luego se acostó en el camastro y se cubrid con la manta.

Debía ser todavía de noche, o él al menos así lo pensó, cuando fue despertado por un ordenanza que le sacudía rudamente por el hombro.

La luz eléctrica seguía encendida.

—¿Qué hora es? —preguntó Wolf, quedando sentado en la cama.

—Las ocho de la mañana. Levántate y sal.

Le habían dejado dormir toda la noche.

Se levantó y empezó a vestirse. Los pantalones habían acabado por secarse, pero los calcetines y los zapatos todavía estaban húmedos y tuvo que ponérselos así.

En la oficina donde la noche anterior le había recibido el apuesto teniente North, el ordenanza le señaló un bote de estaño Heno de café.

Esto reconfortó a Wolf.

—Y ahora sígueme —dijo el ordenanza.

La sala donde le llevaron estaba espantosamente fría y carecía en absoluto de muebles. En la pared del fondo se advertía una especie de estrado o escalón corrido con una pequeña puerta a cada extremo.

El muro, detrás del estrado, tenía pintadas una serie de escalas numeradas que servían para determinar la estatura de los sospechosos llamados a comparecer para su identificación.

El capitán Rim entró en la sala, miró amenazadoramente a Wolf y profirió un gruñido.

—Fíjate en los tipos que vas a ver. Si reconoces a alguno, señálalo.

Y batió palmas.

Por la puerta lateral de la derecha salió el sargento Steuben seguido de media docena de individuos en fila india.

—¡Alto! —rugió el sargento—. ¡Colocaos contra la pared!

Los sospechosos sabían muy bien lo que tenían que hacer, como que no debía ser la primera vez que caían en una redada de la policía para ser llevados a un lugar como este. Todos pertenecían al tipo clásico de los bajos fondos, hombres de mirada agresiva, de gesto desdeñoso, de rasgos duros y crueles.

Del primer vistazo reconoció Wolf a uno de ellos. Era el tipejo cetrino de ojos brillantes y pequeña estatura que empuñaba la ametralladora en el asalto al camión de Mac Faden. El hombre seguramente no había podido determinar, de una manera satisfactoria, dónde se encontraba la noche anterior a la hora en que el camión fue detenido en la carretera.

Rim se volvió a mirar a Wolf. Luego ordenó secamente:

—Llevaos a esos y que salgan los demás.

En la pausa, mientras salía una tanda y llegaba otra, Rim preguntó de mal talante:

—¿Has reconocido a alguno?

—No.

Siete individuos salieron esta vez y formaron en fila contra la pared.

Wolf reconoció fácilmente a otros dos sujetos. Uno de ellos era el hombre grueso y carilleno que la noche anterior le amenazó con una escopeta de cañones aserrados. El otro era el que volvió a Mac Faden boca arriba y lo recostó contra la cuneta; es decir, el mismo que golpeó al camionero con la llave inglesa.

Las sospechas de la policía andaban por buen camino. Sin embargo, Wolf no denotó en un gesto ni un pestañeo que hubiera reconocido a ninguno.

Por el contrario, el tipo alto de boca grande y labios abultados le lanzó

una mirada amenazadora.

Rim indicó por una seña que se los llevaran, volviéndose de nuevo hacia Carey.

—¿Y bien?

—Ya le dije que había muy poca luz.

—¡Contesta solo a lo que te preguntan! ¿Has reconocido a alguno, sí o no?

—No.

—Muchacho, me parece que estás mintiendo.

—No.

—Vi a Pickford mirándote de una manera sospechosa. Quizá tú no le reconocieras, pero él sí te conoció.

—¿Quién es Pickford?

—El alto que estaba en el cuarto lugar empezando por la izquierda, el del labio caído hacia afuera.

—Si estaba allí yo no lo vi. No vi a todos, y los que vi fue en condiciones muy diferentes. Era de noche, no había más que la luz roja de los pilotos y estaba lloviendo…

—Todos los que has visto pertenecen al cuerpo de guardaespaldas de Bridgman. La mitad de ellos, por lo menos, no han podido dar fe del lugar donde se encontraban ayer entre las siete y las ocho de la tarde. O yo voy completamente despistado, o alguno de ellos tuvo que estar complicado en el asalto a vuestro camión.

Wolf no contestó. El capitán Rim le contempló con ojos furiosos unos instantes. Luego resolló con fuerza y dijo como conteniéndose:

—Está bien, lárgate. Vete y que yo no vuelva a verte por aquí, porque lo pasarás mal, te lo aseguro.

Wolf no se hizo repetir la orden.

Seguía lloviendo cuando salió a la calle y detuvo un taxi para hacerse conducir a su alojamiento.

CAPÍTULO III

Apenas había entrado Wolf en su habitación del modesto hotel donde se había cambiado el día anterior cuando llamaron a la puerta con los nudillos.

—¿Quién va? —preguntó Wolf, receloso, acercando el oído a las maderas.

—Soy yo, Bill.

Wolf reconoció la voz del capitán William Spratt y descorrió el cerrojo.

Spratt entró rápidamente en la habitación y esperó a que Wolf cerrara la puerta.

—Espero que nadie le haya visto entrar aquí —murmuró Wolf, volviéndose hacia Spratt—. ¿Comprobó, al menos, si alguien me seguía?

—Nadie te ha seguido, Wolf —repuso el capitán, sentándose en el borde de la cama y sacando un paquete de cigarrillos—. En realidad exageramos nuestras medidas de precaución. Pongámonos en el lugar de ellos. Han hecho esto mismo tantas veces sin que nunca les ocurriera nada, que se sienten perfectamente tranquilos. Solamente una cosa puede inquietarles, que el camionero se muera de resultas de las heridas que recibió.

—¿Es grave su estado?

—Sí. Han surgido algunas complicaciones durante la noche, hasta el extremo que los médicos han empezado a buscar a Rolan Mac Faden para que dé su autorización para operar.

Spratt encendió el cigarrillo, siguiendo durante un minuto los caprichosos giros del humo. Era un hombre de unos cuarenta y siete años, alto, de regular corpulencia y con hebras grises entre los cabellos rubios.

—¿Puede ocurrir que muera el viejo? —murmuró Wolf, sintiéndose impresionado.

—Los médicos se muestran francamente pesimistas. Parece que el corazón del viejo no es todo lo robusto que se creía, lo que hace temer un fatal desenlace si es llevado al quirófano. Casi con toda seguridad, el señor Bridgman y sus amigos van a encontrarse envueltos en un caso de homicidio. Y esta vez, al menos, hay un testigo, tú.

Spratt levantó los ojos mirando a Carey.

—¿Serías capaz de identificar a alguno de los que anoche os detuvieron en la carretera?

—A casi todos ellos. En primer lugar tenemos a Watson, el lugarteniente de Bridgman. Podría identificar a otros cuatro, uno de ellos llamado Pickford que estaba entre el grupo que presentó la policía. Y a propósito de la policía. Sus tiros no van mal dirigidos. Había cuatro de los que anoche

nos asaltaron en la carretera, entre el grupo de trece sospechosos que me presentaron. El capitán Rim no va descaminado.

—Poco importa que las sospechas de Rim vayan por buen camino, si llegado el momento no puede demostrar la culpabilidad de los asesinos. He aquí la situación: si Mac Faden fallece a consecuencia de la herida que recibió, tú serás el único testigo de cargo que existe contra ellos. Eso puede representar un serio peligro para ti, a menos que tomemos la iniciativa y te introduzcas en la banda para tranquilidad de Watson y sus secuaces.

—Creo que podría conseguirlo.

—Pues no perdamos tiempo. A menos que se encuentren en comisión de servicio, la pandilla suele reunirse en una cervecería de Unión Street, propiedad de un suizo llamado Berwich. Hay un salón de billar en el primer piso sobre la planta baja. Watson es un virtuoso del billar. Suele andar por allí entre las once y las doce de la mañana.

Spratt se puso en pie cruzando la habitación en dirección a la puerta. Abrió con sigilo, sacó la cabeza al pasillo y luego se volvió hacia Carey, diciendo en voz baja:

—Te conviene cambiar de alojamiento rápidamente. Si el viejo camionero estira la pata, Rim enviará en tu busca para someterte a nuevo interrogatorio. Tal vez quiera retenerte como testigo, así que es preferible que no te encuentren.

—De acuerdo, me esfumaré en el aire sin dejar rastro.



Wolf le agarró el brazo

Spratt hizo un ademán de despedida y salió, diciendo:

—Llámame por teléfono cuando estés instalado.

Wolf echó el cerrojo a la puerta. Lo primero que hizo al quedar solo fue quitarse los zapatos y los calcetines húmedos. También se quitó el resto de la ropa para vestir un traje muy usado y pasado de moda.

Rápidamente procedió a hacer la maleta, abandonando luego la habitación.

El aguacero de primeras horas de la mañana se había convertido en una llovizna fina como de agua nieve. Al abandonar el hotel, Wolf recorrió a pie un par de manzanas hasta que encontró un taxi que pasaba de vacío.

Se hizo conducir a la estación del «ferry», donde lo despidió. Después tomó otro taxi que llegaba con viajeros para el «ferry» y regresó al centro de la ciudad.

Desde su nuevo alojamiento, donde se inscribió con el falso nombre de James Paulson, Wolf telefoneó a Spratt dándole su nueva dirección. La habitación que tomó era bastante mejor que la que había dejado, y además tenía teléfono.

—¿Hay nuevas noticias sobre el estado del viejo? —preguntó Wolf.

—Acabo de preguntar al hospital. El hombre ha muerto —fue la breve respuesta de Spratt.

Después de colgar el teléfono, Wolf atravesó la habitación para quedar de pie ante la ventana. Del cielo plomizo seguía cayendo sobre la ciudad el manto húmedo de la lluvia. Un velo de tristeza parecía envolver el paisaje de tejados, siluetas de rascacielos y sucias chimeneas.

Pensaba Wolf en el viejo Mac Faden. Era curioso que, habiéndole tratado apenas, sintiera tanto su trágica y heroica muerte. También pensó en Tacetta, la linda y sencilla muchacha que con tanto amor y cuidado solía arreglar la caja de la merienda del veterano camionero.

Ella debía sentirse muy sola esta mañana fría y gris.

Cierta sensación de vacío en el estómago recordó a Wolf que no había comido casi en veinticuatro horas. Cogió el sombrero de la percha y salió.

Hizo tiempo tomando una taza de café y unos emparedados en una cafetería al paso. Como era nuevo en la ciudad y apenas sabía andar por ella, llamó a un taxi y le dio al conductor las señas de la cervecería de Union Street.

Como ocurre con frecuencia a los novatos que se aventuran por vez primera en una, ciudad desconocida, la calle Union resultó estar a muy corta distancia del lugar en donde tomó el taxi.

Sobre el portal de un edificio antiguo de muros grises figuraba un rótulo: «Joane Berwich. Alpine Brewery».

Entró resueltamente y se dirigió al largo mostrador de caoba con barra de bruñido metal. Un hombrecillo carirredondo, completamente calvo y de

rojas pestañas, le saludó con una sonrisa cordial.

—Busco a Ralph —dijo Wolf—. Me han asegurado que lo encontraría aquí.

Sobre la cabeza de Wolf se escuchó el golpe de una bola de billar rebotando sobre un piso de madera. El *barman* levantó los ojos hacia el techo mientras preguntaba:

—¿Es usted amigo de Ralph?

—Él me conoce —repuso Wolf, evasivamente.

El hombre le dirigió una penetrante mirada sin decir nada.

Wolf se apartó del mostrador dirigiéndose hacia la escalera de caracol del rincón. La escalera le llevó a una sala desmantelada donde había tres mesas de billar, un par de máquinas automáticas de juegos de salón y cierto número de sillas desvencijadas.

Dos hombres que empuñaban bastones de billar daban vueltas en torno a la mesa, bajo la luz de los focos eléctricos. Otros tres jugaban en una mesa contigua y uno más estaba sentado a horcajadas en una silla, fumando parsimoniosamente un largo cigarro.

Los dos hombres que jugaban en la primera mesa eran Ralph Watson y el tipo alto y flaco de mirada triste que Wolf había visto la noche anterior junto al resto de la pandilla.

El hombre sentado en la silla era Pickford, el ejecutor material de la muerte de John Mac Faden.

Watson se volvió a mirar a Wolf, pero no le reconoció y le dio la espalda para tomar su vez y calcular la posición de las tres bolas que estaban sobre la mesa. Fue Pickford quien reconoció a Wolf y se puso en pie apartando el cigarro de sus gruesos labios.

—Ralph —llamó Pickford. Watson no le prestó atención y Pickford insistió en el aviso—. Watson, mira quién está aquí.

Watson miró primero a Pickford y luego se volvió hacia Wolf.

Los tres hombres que jugaban en la mesa contigua se inmovilizaron a su vez. Uno de ellos era nuevo para Carey, pero a los otros dos sí les conocía. Uno era el hombrecillo cetrino da ojos malignos que la noche anterior empuñaba la ametralladora. El otro era el gordo de cara de luna.

—¡Oye! —exclamó Watson, descansando la contera del bastón en el piso—. Yo te conozco a ti.

—Yo también me acuerdo de usted —repuso Wolf con acento de velada amenaza.

Hubo un silencio agorero, y luego Watson preguntó:

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—He venido por la recompensa que me prometió.

—¿Recompensa? —Watson levantó las cejas sorprendido—. No sé de qué hablas, amigo.

—Usted me dijo que tendría mi recompensa si mantenía la boca

cerrada. Seguí su consejo y no les denuncié a la policía. Ahora necesito cobrar el premio, porque después de lo ocurrido seguro que he perdido mi empleo.

—Si es eso lo que te preocupa, puedes volver tranquilo a tu empleo. Nadie te echará. No se atreverán a hacerlo.

—Bueno, es lo que dice usted.

—¡Seguro, te lo dice Watson! No perderás tu empleo, ve y compruébalo por ti mismo. Y si se atrevieran a expulsarte, entonces vas y reclamas al sindicato. Covert no querrá quedarse sin conductores para los camiones de su Compañía. Esa es la ventaja de pertenecer a nuestro sindicato, muchacho. Ya lo ves.

—El caso es que yo prefiero cobrar en dinero, dejar el empleó y largarme de esta ciudad —dijo Wolf obstinadamente.

—Quieres largarte, ¿en? Bueno, pues vete. Nadie te lo impide. Y ahora hazme el favor de dejarme en paz.

Ralph Watson le volvió la espalda, hizo un guiño burlesco a su compañero Pickford y se inclinó hacia el borde de la mesa, preparando el palo de billar.

La cuestión parecía quedar así definitivamente zanjada, al menos para la cuadrilla que salía de su inmovilidad para continuar el interrumpido juego. Pero el desairado Wolf no dio muestras de conformarse, sino que avanzando por detrás de Watson le puso la pesada mano en el hombro.

—Usted no me ha entendido, Ralph. Lo que yo quiero…

Ralph Watson se volvió con inesperada violencia, asestando un bastonazo en la cabeza a Wolf.

El golpe fue doloroso y pilló al joven desprevenido, tirándole de espaldas contra la hilera de sillas arrimadas a la pared.

Wolf cayó sobre las sillas desbaratando la ordenada hilera en medio de un formidable estruendo y luego rodó al suelo, siguiéndole Watson para, arrogante y con los pies separados, decir, blandiendo el palo:

—¿Querías cobrar, no es eso? Pues ya has cobrado. Di si quieres una propina de palos, y los tendrás. ¿Qué dices a esto?

—Me parece que ahora ya sabemos cada cual quién es el otro —repuso Wolf, apoyándose en el respaldo de una silla para ponerse en pie.

Miró a Watson, que seguía de pie ante él con el bastón en las manos. Súbitamente, y tan rápido que Watson no pudo evitarlo, Wolf levantó la silla asestando al «gangster» un fuerte golpe de abajo arriba.

El palo salió despedido de las manos de Watson. El «gangster» levantó los brazos cayendo violentamente atrás contra el borde de la mesa de billar. Su columna vertebral debió crujir y Watson cayó al suelo sin resuello, los labios exangües y el rostro blanco como el papel.

El menguado hombrecillo y el gordinflón saltaron por la derecha, como un solo hombre, contra Wolf. Este les asestó un golpe de lleno con la silla.

Esta se hizo pedazos y los dos «raketers» se fueron al suelo en desordenado montón.

Pickford y el larguirucho de la mirada triste se abalanzaron sobre Wolf. El primero de ellos esgrimía el palo de billar y el otro solamente sus grandes puños. Wolf esquivó el bastonazo agachándose. El palo pasó silbando sobre su cabeza y Wolf aprovechó el impulso para cogerle por los pies y hacerle voltear por encima de sus espaldas. Pickford fue a caer sobre sus dos compañeros.

Al incorporarse, Wolf se encontró ante el grandullón de los ojos melancólicos que le tiraba un directo a la nariz. Carey apartó el puño del hombre con el antebrazo y respondió veloz y contundentemente con un gancho que hizo salir al otro dando vueltas hasta la escalera de caracol.

Quedaba en pie el desconocido, hombre joven y fuerte que atacó enarbolando su bastón de billar, dando la vuelta a la mesa.

El largo rodeo que el otro tuvo que dar en torno a la mesa de billar dio tiempo a Carey para agarrar una silla y servirse de ella como escudo. El palo golpeó con ruido en la silla. Luego, la silla golpeó de costado al hombre tirando a este contra la pared.

Wolf Carey soltó los restos de la desbaratada silla, volviéndose hacia Pickford y sus dos correligionarios.

El hombrecillo de tez olivácea se había incorporado sacando del sobaco un revólver de corto y grueso cañón. Wolf le agarró el brazo y este profirió un chillido de terror cuando iba por el aire a caer ruidosamente de espaldas sobre la mesa de billar inmediata. Un golpe con el canto de la mano en la muñeca del hombre hizo que este soltara el revólver.

El arma quedó en poder de Wolf, que se volvió apuntando con ella a Pickford y al gordinflón. El gordo retrocedió asustado, enredó los pies en una de las volcadas sillas y cayó nuevamente de espaldas al suelo.

Pickford se limitó a permanecer quieto, clavando sus ojos en las llameantes pupilas del joven detective.

Una voz exclamó desde la escalera:

—¿Qué ha habido aquí? ¿Un terremoto?

Wolf se volvió retirándose entre las mesas para tener al grupo bajo la pistola. El hombre que llegaba por la escalera era de estatura media y llevaba sombrero y traje negro, empuñando un bastón de puño de oro. Bebería tener cuarenta y cinco años o menos, pero aunque eran estos los que representaba, en realidad tenía más.

Carey, que solo conocía a Bridgman por fotografía, pudo reconocerle con facilidad por sus ropas.

En efecto, Bridgman era una de esas raras personas que tienen por costumbre vestir siempre de negro. Como además de esto había en él la obsesionante manía de adoptar las maneras suaves y educadas de un perfecto caballero británico, Bridgman resultaba un hombre difícil de

confundir con ningún otro.

Aquí y allá, en el salón de billar, los derrotados «raketers» fueron incorporándose. Entre ellos, Ralph Watson se oprimía los riñones con una mueca de dolor en el descolorido rostro.

—Parece que no te encuentras muy bien, Watson —dijo Bridgman con ironía. Miró severamente al hombrecillo que había quedado sentado en la mesa de billar sobre sus piernas cruzadas—. Baja de esa mesa, Raco. No está bien, a tus años, hacer esa clase de tonterías.

Con estudiada intención, Bridgman pareció darse cuenta por primera vez de la presencia de Carey.

—¿Y tú quién eres? —dijo, apuntándole con el bastón.

—Yo soy Wolf Carey —dijo este, bajando el cañón de la pistola.

—¿Te conozco?

—No, usted no me conoce —dijo Wolf, apuntando con el dedo a Watson —. Pero ellos sí. Yo estaba anoche con John Mac Faden cuando nos detuvieron en la carretera para asaltarnos. Watson prometió recompensarme si mantenía la boca cerrada cuando me interrogara la policía, y eso hice. No hablé, pero ahora Watson se niega a cumplir lo prometido.

—No está bien eso, Watson —dijo Bridgman severamente—. Si prometiste algo a este muchacho, se lo tienes que dar. Veamos: ¿Con cuánto te darías por pagado? —preguntó, mirando a Wolf.

—¿Es cosa que usted pueda decidir? —preguntó Wolf con desconfianza.

—Creo que sí. Me llamo Bridgman. Soy el árbitro sindical del sindicato de los camioneros y tengo alguna experiencia como mediador. Di lo que quieres y ya veremos si lo que pides está de acuerdo con el valor de las cosas que sabes.

—Yo sé bien lo que vale ahora mi silencio. Anoche no valía mucho, pero hoy es diferente.

—¿En qué estriba la diferencia?

—Mac Faden ha muerto.

La noticia pareció sorprender a la cuadrilla, pero no a Bridgman, que no perdió un ápice de su estudiada ecuanimidad «británica».

—¡Eso es mentira! —chilló Watson, hinchando las venas del cuello, mientras sus saltones ojos parecían próximos a saltar de las órbitas—. Apenas le dimos un golpe lo suficiente fuerte para que se estuviera quieto. ¡No le matamos!

—¡Cállate, Ralph, imbécil! —rugió Bridgman—. ¿Por qué no sales a la ventana a gritar más para que todos te oigan? Es verdad, Mac Faden ha muerto. Eso era lo que venía a deciros, que vuestro pequeño golpe no fue tan pequeño y el viejo se ha ido creándonos un compromiso. Y ahora tratemos el asunto sin chillar ni ponernos nerviosos. ¿Quién golpeó a Mac Faden?

—Este —señaló Raco, apuntando a Pickford con el dedo.

El rostro de Pickford se había puesto verde. Sus gruesos labios temblaron mientras balbuceaba una disculpa.

—No le di apenas… yo esperaba que el viejo tendría la cabeza más dura…

—Que Spruce y Allen te acompañen. Haz rápidamente tus maletas, coge un autobús y sal cuanto antes de la ciudad. Vete cuán lejos puedas, y si pasas la frontera mucho mejor. ¡Largo!

Sin proferir la más pequeña protesta, Pickford se dirigió rápidamente a la escalera seguido del gordinflón y del joven apuesto y bien vestido a quién Wolf le había dado el silletazo.

Las doradas pupilas de Bridgman se clavaron de nuevo en Wolf.

—No pareces tonto —murmuró—. ¿Cómo supiste que el viejo la había diñado?

—Preguntando al hospital. Oí decir a los policías que el estado de Mac Faden era grave. Al soltarme esta mañana pensé que si el viejo se moría los detectives no se contentarían con la declaración que presté, sino que me cogerían de nuevo y me sacudirían mamporros hasta obligarme a decir la verdad. Me dije que lo mejor era salir huyendo antes que las cosas se complicaran más.

—¿Por qué te preocupa eso? —deslizó Bridgman suavemente—. Después de todo, tú no mataste a Mac Faden. Podías decir la verdad, ¿no es eso?

—¿Me toman ustedes por, tonto?

—Realmente no sé dónde quieres ir a parar. Tonto no lo pareces. Quizá seas demasiado listo para mí.

—No soy más listo que cualquier otro, pero me temí lo que iba a pasar. Yo arrestado por la policía, y ustedes buscando la manera de impedir que declarara, lo menos que podía ocurrirme es que me quitaran de en medio echándome cianuro o cualquier otro veneno en una taza de café. Podrían haberlo hecho, puesto que tienen allí al amigo que anoche me pasó un papel por debajo de la puerta de la celda, recordándome que debía tener la boca cerrada.

Por una fracción de segundo, las doradas pupilas de Bridgman expresaron su admiración.

—Ya me pareciste un chico listo en cuanto te vi por primera vez —murmuró pensativamente. Hizo una pausa—. Debe haber alguna fórmula de arreglo para este condenado asunto. ¿Me permites que hable aparte con Watson?

Wolf hizo una seña de asentimiento no desprovista de recelo.

Bridgman llevó a Watson a un rincón de la sala y cuchicheó con él por espacio de un par de minutos. Volvió después hacia Wolf con expresión satisfecha.

—Has demostrado ser valiente al venir aquí a enfrentarte con la cuadrilla. Estoy seguro que serías capaz de aguantar los mamporros de la policía si te detuvieran de nuevo para hacerte declarar. ¿Me equivoco?

—No quiero tener que volver a declarar.

—Escucha mi proposición. Podríamos entregarte hasta mil dólares y acompañarte hasta el otro lado del río para que te esfumes, pero voy a ofrecerte algo mejor. Mil dólares y un puesto a mí lado. Necesito hombres jóvenes, decididos y valientes como tú. Ya no tendrás que conducir camiones, ni pasar sueño ni cansancio. Tendrás un trabajo fácil y bien retribuido. ¿Hace?

—¿Y de la policía qué?

—No te preocupes demasiado por la policía, Una ventaja de trabajar para el sindicato es la de contar con buenos abogados. Si te arrestan haremos que te suelten y pagaremos la fianza. Y si de todos modos no podemos evitar que te sometan a interrogatorio, tú eres un tipo de aguante más que sobrado para soportar unos cuantos mamporros. ¿No es cierto que es así?

Hubiera sido excesivo de parte de Carey oponer nuevos reparos.

Después de todo estaba donde deseaba estar y había conseguido el objetivo que se propuso.

CAPÍTULO IV

La lluvia persistió durante todo el día sobre la ciudad, y en las últimas horas de la tarde se transformó en una niebla tenue y húmeda que dio lugar a un temprano y prematuro anochecer.

La lluvia, la niebla y el deseo de todo el mundo de llegar pronto a casa, habían provocado un atasco del tráfico en Fort Street.

Mascullando reniegos, el taxista de Wolf Carey se escabulló de aquel caos de bocinas y faros deslumbrantes entre la niebla, tomando por una serie de calles estrechas y menos transitadas por las que, si bien con un recorrido más largo, llegarían antes al hotel.

—Creo que es esta la calle —farfulló el conductor, despistado a su vez después de tantas vueltas y rodeos.

Wolf vio deslizarse por la derecha un auto de la policía estacionado cerca del cruce con las luces apagadas. El taxi ya estaba para parar por completo cuando, Wolf ordenó:

—Siga adelante despacio y dé la vuelta a la manzana.

Por el espejillo retrovisor, el conductor le lanzó una sorprendida mirada. No obstante obedeció la orden sin rechistar, pasando ante el iluminado portal del hotel a poca velocidad.

Un auto negro estaba estacionado a pocos pasos del hotel, mientras que en la acera, al parecer sin motivo alguno que lo justificara, dos hombres envueltos en sus impermeables soportaban pacientemente el frío, la lluvia y la niebla.

«Policías» —murmuró Wolf para sí. Luego ordenó en voz alta:

—Siga adelante hasta el primer teléfono público.

Dos cuadras más adelante, Wolf echó pie a tierra y entró en una cabina telefónica situada en una esquina. Marcó primero el número del teléfono de la delegación local del F.B.I. El capitán Spratt no se encontraba en su despacho en aquellos momentos, pero Wolf dejó un recado para él en el sentido de que probablemente iba a ser detenido por la policía.

Luego llamó a Bridgman.

Bridgman sí estaba en las oficinas del sindicato de los camioneros y contestó personalmente a la llamada.

—Soy Carey. Acabo de pasar ante el hotel donde me hospedo y he visto algo que me hace sospechar que me echarán el guante si intento entrar. ¿Qué hago?

Bridgman pareció reflexionar un minuto. Luego habló y dijo:

—Muchacho, creo que lo mejor será enfrentarnos de una vez con la policía. Vuelve al hotel y entra como si tal cosa. Llamaré por teléfono al

hotel dentro de cinco minutos. Si no estás es que te habrán llevado detenido. Iré a rescatarte enseguida acompañado de un abogado.

—No tarden, por favor —dijo Wolf con acento que era sinceramente lastimoso.

Verdaderamente tenía muy poca gracia dejarse coger por la policía y que le golpearan a uno como si se tratara de un vulgar ladronzuelo.

Volvió al taxi y ordenó al conductor:

—Vamos al hotel.

El taxi dio vuelta a la manzana para recorrer de nuevo la calle donde estaba el hotel. El auto de la policía seguía en la esquina, y los dos hombres paseaban la acera con el ala del sombrero sobre los ojos y las manos en los bolsillos del impermeable.

Wolf echó pie a tierra ante el hotel.

Estaba pagando al taxista cuando sintió una mano que se apoyaba en su hombro y oyó una voz que decía:

—Quedas detenido, Carey.

Era el sargento Steuben.

Los dos detectives de los impermeables se acercaron, situándose uno a cada lado de Wolf.

Le llevaron hasta el auto negro.

Al abrirse la portezuela se encendió la luz en el interior del coche y Wolf pudo ver al capitán Rim recostado indolentemente en el mullido asiento.

—Sube —dijo brevemente Rim—. Vamos a hacerle una visita a un antiguo compañero tuyo.

Wolf no hizo ninguna pregunta.

Pensó que la policía habría detenido tal vez a Pickford en la frontera, siendo la intención de Rim someterles a un careo para que el asesino se asustara y acabara confesando su delito.

El viaje fue más corto de lo que Wolf esperaba.

Al apearse del auto negro se vio ante el portal de un establecimiento especializado en servicios completos de pompas fúnebres. En realidad, esta fue toda la sorpresa.

En adelante, Wolf pudo adivinar sin dificultad el propósito de Rim.

Escoltado por el capitán y el sargento Steuben, Wolf pasó a través de la tienda hasta una capilla donde había veladas luces que invitaban al recogimiento y la meditación, con un altar al fondo y ante este un catafalco negro con un ataúd abierto.

Una música de órgano salía dulcemente de algún lugar impreciso.

En la primera fila de sillas, con las manos sobre el regazo y en actitud abatida, inclinaba la cabeza una mujer.

Era Tacetta Mac Faden.

Los policías pasaron junto a la muchacha para llevar a Wolf hasta el

ataúd. Wolf miró al cadáver y luego a Rim. Este hizo una seña para que le siguiera y se dirigieron de nuevo hacia la puerta por la cual habían entrado.

En la tienda, Rim se detuvo y miró a Wolf sombríamente.

—Ya lo has visto, Mac Faden ha muerto. ¿Qué tienes que decir ahora?

Wolf no llegó a contestar. Tampoco tenía intención de hacerlo.

Tacetta Mac Faden salió apartando las cortinas y avanzó hacia él. Wolf solo la había visto una vez en condiciones poco favorables para la muchacha, y tampoco ahora la ocasión era muy favorable. La pobre chica tenía los ojos enrojecidos, rodeados de oscuras sombras, el rostro pálido y los labios sin color.

Sus ojos eran de color violeta y brillaban febriles al clavarse en la cara de Wolf.

—Carey, te presento a la señorita Mac Faden —dijo Rim.

—Ya la vi anoche.

La muchacha dio un paso más, quedando tan cerca de Wolf que este sintió su cálido aliento en el cuello. Ella era más bien baja, llegando apenas al hombre de Wolf.

—Sí, usted estaba anoche con mi padre —dijo la muchacha—. Me han dicho que no quiere usted hablar… que teme denunciar a los asesinos, y que por lo tanto nunca se sabrá quiénes fueron ni se les podrá castigar. ¿Por qué hace usted eso?

—Señorita, le aseguro…

—¿Tiene miedo?

—No se trata de eso…

—¡Sí, tiene usted miedo! —exclamó la chica con las bellas pupilas llenas de fuego—. Usted fue testigo de cuanto ocurrid. Apuesto a que pudo verle la cara, por lo menos, a uno de los asesinos… ¿Por qué mataron a mí padre, Covert, diga usted?

—Él se oponía a que aquellos tipos robaran en nuestro camión.

—Sí, por eso le golpearon. Él era un valiente. No era un hombre fanfarrón ni simplemente un obstinado. Era valiente con la sencillez y espontaneidad del hombre honrado que ha vivido su vida sin abandonar jamás su credo ni traicionar sus principios. Pero acaso le esté hablando con un lenguaje que usted no entiende. Porque usted es un cobarde, señor Carey. ¡Un cobarde, eso es usted!

Wolf, sinceramente, no supo qué replicar.

El capitán Rim puso su mano sobre el brazo de Carey.

—Está bien, vámonos ya.

Wolf salió del edificio escoltado por los policías para regresar al automóvil. Cuando este se ponía en marcha, Wolf protestó:

—¿Por qué me han traído aquí? ¿Qué se propuso usted al mostrarme el cadáver de Mac Faden y exponerme a los insultos de esa muchacha?

¿Pretende, acaso, ablandarme con eso y hacerme confesar?

—Escucha, Carey, rata de cloaca —rugió Rim—. Acabo de hacer un llamamiento a tu conciencia de hombre, ofreciéndote la ventaja de declarar de propio y espontáneo impulso. Esperaba que te darías cuenta de que la cosa es mucho más grave ahora. Un hombre ha muerto y no varaos a descansar hasta echarle el guante al que lo asesinó. Ahora puedes escoger el camino que quieras. O confiesas, o nosotros te haremos hablar.

—Jamás podrán obligarme a decir lo que no sé —respondió Wolf.

Rim se hundió en el rincón del asiento para rumiar a solas su rabia y su impotencia.

Poco después llegaban al cuartel general de la policía. Al entrar en el edificio, la primera persona que encontraron en el vestíbulo fue Peter Bridgman.

Un hombre enormemente grueso, con colgantes papadas y grandes bolsas bajo los ojos, lo acompañaba.

La expresión de Rim fue semejante a si hubiera caído un rayo ante sus pies. Bridgman, elegante como siempre, saludó a Rim con una amplia y optimista sonrisa.

—Buenas tardes, capitán. Ya pensábamos si se habría fugado usted. ¿Conoce a Simpson?

—¡Sí, demasiado! —contestó Rim casi con un ladrido—. ¿Qué buscan aquí?

—¿Han arrestado a Carey?

—Sí.

—¿De qué se le acusa? —preguntó Simpson con habla fatigosa propia de los que sufren de asma.

—¿A usted qué le importa?

—Soy su abogado.

El gesto contrito de Rim expresó mejor que ninguna otra palabra su zozobra y pesimismo.

—Debí figurármelo —dijo con amargura. Luego se reanimó, armándose de nuevo de agresividad—. Muy bien, son ustedes muy listos, pero esta vez va a costarles bastante quitarme a Carey de las manos. Puedo retenerle como testigo alegando que este arresto va en provecho de su seguridad personal. La policía toma a Carey bajo su protección.

—Me temo que no podrá hacer eso a menos que Carey solicite su protección de «motu propio». No se puede retener a un testigo contra su voluntad. Como por otra parte, con arreglo a la Quinta Enmienda de la Constitución, tampoco se puede obligar a Carey a declarar si él estima que su propia confesión puede perjudicarle, es inútil retenerle y así lo haré constar en el recurso que presentaré al juez del distrito.

—¡Simpson, no empiece a enredar con sus latinajos y sus citas a este y aquel otro artículo de la Ley! —rugió Rim—. ¡Este hombre fue testigo de la

agresión de que fue objeto el camionero John Mac Faden anoche! ¡Mac Faden ha muerto a consecuencia de las heridas recibidas y este hombre tiene que declarar quién fue el asesino!

—No me opongo a que le interrogue, y creo que el propio señor Carey tampoco tendrá inconveniente… siempre, claro está, que yo esté presente para aconsejarle e instruirle sobre la forma en que debe contestar.

—¡Para interrogarle de esa forma, mejor prefiero no hacerlo!

—Muy bien, usted decidirá —repuso Simpson, lleno de tranquila indiferencia.

Rim dejó caer sobre Simpson una mirada de odio.

—Esperen aquí —dijo bruscamente. Y se alejó por él corredor entrando en su despacho.

Al cabo de tres minutos reapareció el capitán.

—De acuerdo; pueden marcharse —dijo secamente.

Wolf apenas podía creer en su suerte mientras salía del edificio escoltado por el elegante Bridgman y el mastodóntico Simpson, pues estaba seguro de haberse librado de una buena tunda de empujones contra la pared, que era la forma clásica del interrogatorio en «primer grado» de la policía.

Sus providenciales salvadores habían venido en el lujoso «Chrysler» de Bridgman, quien, como siempre, había traído sus dos inseparables guardaespaldas.

Ya en el auto, mientras cruzaban la ciudad por las calles mojadas, notablemente descongestionadas del tráfico de la tarde, Wolf expresó su agradecimiento, diciendo:

—Seguro que me han librado de una buena paliza. Creo que esta vez el capitán estaba dispuesto a apretar los tornillos.

A continuación relató cómo le habían llevado a la capilla donde el cadáver de Mac Faden esperaba a los funerales antes de ser llevado al cementerio.

—Lo de Mac Faden fue un desgraciado accidente, muchacho. Métete esto en la cabeza —dijo Bridgman.

El auto se detuvo ante el hotel donde aquella mañana Wolf había tomado habitación. Ya iba a apearse cuando Simpson le retuvo por el brazo para decirle:

—Antes de cinco minutos recibirás la visita de un alguacil. Seguramente te entregará una citación para comparecer como testigo en la encuesta. No puedes negarte a aceptar la citación, y una vez la hayas recibido no podrás dejar de comparecer ante el jurado. Toma mi tarjeta por si ocurriera alguna anomalía y estate tranquilo. Por supuesto, no hablarás con nadie de este asunto ni jamás admitirás que viste a alguien que puedas reconocer o identificar. Ni siquiera cuando creas estar solo. Volveremos a hablar tú y yo antes que se celebre la encuesta.

—Muy bien —dijo Wolf.

Ya estaba en la acera cuando Bridgman dijo desde el interior del coche:

—No vengas por el Sindicato ni busques a los muchachos por ahora. Ya se te avisará cuando haya algún trabajo.

—O.K., jefe —dijo Wolf despidiéndoles con un ademán.

Bridgman le había entregado aquella tarde un cheque por mil dólares contra su cuenta corriente en uno de los Bancos de Detroit.

Wolf subió directamente a su habitación y en el momento de entrar, casi antes de encender la luz, presintió la presencia de alguien que le estaba esperando en la oscuridad.

En efecto, tenía visita. Un hombre joven como de unos treinta años, estaba sentado pacientemente junto a la ventana y se puso en pie. Era alto sin exageración, esbelto, bien conformado y ciertamente guapo para ser hombre. Sus ojos azules, en contraste con el bronceado del rostro, recordaban a Wolf a cierta persona que acababa de ver no hacía mucho.

—Soy Rolan Mac Faden —dijo el hombre lanzando una mirada sobre Wolf a través de la habitación.

Wolf dio un paso adelante y cerró la puerta tras sí arrojando el sombrero sobre la consola inmediata.

—¿Sí?

—Usted debe ser Carey.

—Lo soy.

Mac Faden titubeó. Luego hizo un vago ademán y una mueca.

—Quiero saber lo que pasó.

—Supongo que estará hablando de lo que le ocurrió a su padre.

—Sí.

—No sé más de lo que he contado a la policía. Nos detuvieron, su padre salió a enfrentarse con los bandidos... le golpearon en la cabeza...

Rolan Mac Faden hizo un ademán impaciente.

—Sí, sí... sé todo eso. Lo que yo quiero saber es sí... vamos, si usted cree que le pegaron a propósito... a propósito para matarle quiero decir.

Wolf quedóse contemplando a aquel extraño joven, preguntándose dónde querría ir a parar realmente.

—No —dijo—. No creo que la intención de ellos fuera dejarle muerto.

—¿Entonces... fue un accidente?

La actitud de Rolan Mac Faden distaba mucho de ser firme. Preguntaba casi anhelantemente, como deseando que la respuesta de Wolf coincidiera con su propia opinión acerca del asunto.

—Seguramente —respondió Wolf. Añadiendo con ironía—. Según lo que usted entienda por accidente.

—Creo que... ya sé todo lo que quería saber —dijo Mac Faden cruzando la habitación en dirección a Wolf y a la puerta.

Pero Wolf no se apartó inmediatamente, sino que se quedó mirándole

con fijeza, despreciándole en su fuero interno, compadeciéndole también al mismo tiempo.

—Usted milita en la banda de Bridgman, ¿no es cierto? —preguntó Wolf.

Mac Faden se abstuvo de decir nada. Wolf se apartó entonces diciendo secamente.

—Adiós.

Mac Faden salió dejando la puerta abierta. Wolf le estuvo mirando las anchas espaldas hasta que desapareció por el corredor. Luego secó desdeñosamente los labios y cerró la puerta de un puntapié.

Estaba poco después sentado en el borde de la cama, marcando en el disco el número del teléfono particular del capitán Spratt cuando llamaron a la puerta. Dejó de nuevo el teléfono en el soporte y fue a abrir.

Dos hombres estaban ante la puerta en el pasillo.

—¿Señor Wolf Carey? —le preguntaron.

—Sí.

—El fiscal del distrito le cita a usted para la encuesta que se celebrará el día doce para determinar las causas de la muerte de un hombre llamado John Mac Faden. ¿Quiere firmar aquí?

Wolf tomó la citación. Se dijo que Simpson era un buen abogado después de todo. Había previsto el recurso de la policía para impedirle que saliera de la ciudad y obligarle a comparecer ante el jurado, y había, incluso, adivinado el momento en que llegarían los alguaciles sin equivocarse en un minuto.

CAPÍTULO V

Wolf Carey aprovechó los dos días de asueto que faltaban hasta la fecha de la encuesta para recorrer la ciudad, que era nueva para él.

El día once se entrevistó con Spratt y ese mismo día, por la tarde, acudió al despacho del abogado Simpson para ser aleccionado por este sobre lo que debía de responder y lo que evitaría contestar a las preguntas que el fiscal le formularía en la encuesta.

El día que se realizó la encuesta, Wolf subió completamente tranquilo al banquillo de los testigos. No había jactancia ni mérito alguno en la serenidad de que dio muestras, incluso cuando el fiscal Merryth atacaba con más dureza y violencia, tratando de hacerle incurrir en alguna contradicción.

Lógicamente, un hombre del F.B.I. tenía que sentirse tranquilo estando respaldado por su auténtica personalidad, que le sacaría de apuros en caso de extrema necesidad.

La necesidad no se produjo, por fortuna, y Wolf Carey abandonó tan campante el banquillo de los testigos después de haber provocado un ataque de nervios en el agresivo y desesperado fiscal.

El jurado, de todos modos, falló que Mac Faden había sido muerto por persona o personas desconocidas, que habían incurrido, además, en los delitos de asalto y robo, violencia, abuso de confianza y nocturnidad, por todo lo cual recomendó una investigación policíaca hasta hallar a la persona o personas autoras del delito.

Wolf esperaba que después de la encuesta le llamarían para actuar en compañía de la banda, pero según supo después, la banda había suspendido temporalmente sus actividades en vista de la campaña de la Prensa contra el sindicato de los camioneros, lo cual había influido en una exacerbación del celo de la policía, y en especial de las patrullas de carretera, a las que se responsabilizaba por cuanto estaba ocurriendo en las carreteras del Estado.

La tensión se agudizó extremadamente cuando el capitán Rim, de la policía de carreteras, declaró en los periódicos que en adelante retiraría el permiso de conducir a cuantos camioneros permitiesen el asalto y el robo de la carga que transportaban sus vehículos.

Al parecer, Rim hablaba así presionado por las compañías de transportes, para quienes los repetidos robos en la carretera representaban un peligro, motivado por la consiguiente desviación de ciertas mercancías al más seguro, aunque lento, medio de transporte del ferrocarril.

A las declaraciones de. Rim contestó el presidente del Sindicato de los

camioneros diciendo que la medida de la Policía era anticonstitucional, careciendo de toda razón y derecho para privar de su medio de trabajo a los camioneros, los cuales, por otra parte, no tenían la culpa de la ola de asaltos en carretera, en las que los camioneros eran las principales víctimas, y la policía el único responsable por su falta de vigilancia y de celo.

En todo el Estado, los camioneros amenazaron con ir a la huelga como protesta contra las medidas de la Policía, hasta que el gobernador fue llamado a dar su opinión en el asunto, y opinó que la Policía no estaba facultada para retirar el permiso de conducir a los camioneros víctimas de un asalto, a menos, desde luego, que pudiera demostrarse que el conductor, que aparentaba ser la víctima, era, en realidad, cómplice de los asaltantes.

El fiscal del distrito tomó la palabra para embrollar más el asunto en sus intentos de discernir los límites legales de lo que se llamaba complicidad, tratando de demostrar que también era cómplice de los bandidos aquel que, por temor, se negaba a hablar y a denunciar a los autores de los robos. «Autores —añadía el fiscal— que por otra parte los camioneros conocen perfectamente por sus nombres y señas personales».

Finalmente, los camioneros fueron llamados a dar su opinión en los periódicos. Los más prudentes de ellos eludieron responder directamente a determinadas preguntas, aunque, desde luego, negaron haber estado en ninguna ocasión en complicidad con los «gangsters» que en la carretera detenían a determinados camiones para asaltarlos y llevarse su valiosa carga.

Un par de imprudentes, por lo menos, confesaron que los camioneros, en el noventa por ciento de los asaltos, conocían a las personas que los llevaron a cabo. Sin embargo, el temor a las represalias contra su propia persona, o bien indirectamente contra sus hijos y sus casas, era lo que les obligaba a mantener la boca callada, soportando las dudas que se formulaba la gente sobre la honradez de los conductores, como un mal menor de los muchos males que podía acarrearles una confesión de plano.

Los dos camioneros que hicieron estas declaraciones se llamaban John Shanks y Albert Miller. El mismo día que Wolf Carey leyó sus manifestaciones en el periódico de Detroit, recibió una llamada telefónica de Bridgman.

—Acude esta tarde a la cervecería del suizo, a las chico.

Bridgman colgó el teléfono desdé el extremo opuesto de la línea, y Wolf quedó en un mar de dudas acerca de lo que aquella llamada podía significar. ¿Desconfiaba Bridgman de él y había ordenado investigar su vida hasta averiguar que era un detective del F.B.I.?

En su carnet de afiliado al Sindicato de los camioneros figuraba como registrado en la Filial Local de Des Moines, Iowa, con dos años y pico de

antigüedad. Sin embargo, una investigación a fondo habría tenido como resultado descubrir que no existía ningún Wolf Carey afiliado al Sindicato en Des Moines o en parte alguna del país.

Antes de acudir a la cita con la banda, Wolf llamó al capitán Spratt desde un teléfono público.

—Si tuviera noticias de que se proponían llevar a cabo algún nuevo asalto, no deje de avisar con tiempo, si es que puede hacerlo sin despertar sospechas —fue la recomendación que Spratt le hizo.

Con unos minutos de anticipación Wolf llegó a la cervecería Alpine, donde encontró a Mel Redstone, a Burt Allen y a Spruce bebiendo cerveza y jugando una partida de billar.

Después de asegurarse que no había llegado nadie más, Wolf volvió a bajar al bar y tomó un *whisky* con soda mientras charlaba de cosas sin importancia con el rubio y risueño Berwich, el suizo. Cinco minutos después de la hora entró Abel Raco, el cual dirigió una mirada a Wolf y subió al billar para llamar a Mel y al gordo Spruce.

Al bajar de nuevo seguido de todos ellos, el pequeño y siniestro Raco hizo una seña con la cabeza indicándole que saliera a la calle.

En ella esperaba Watson dentro de un automóvil. Subieron todos al coche y este se puso en marcha conducido por Raco.

—¿De qué se trata, Ralph? —preguntó Redstone volviendo sus hundidos y melancólicos ojos desde el puesto delantero.

—Vamos a hacer una visita de cumplido a un par de estúpidos charlatanes —respondió Watson, y sacó del bolsillo y sacudió el mismo periódico del cual aquella mañana Wolf había recortado las declaraciones hechas por los dos imprudentes camioneros.

La pandilla se dirigió, en primer lugar, a River Rouge, que era uno de los pequeños pueblos absorbidos por el constante crecimiento de Detroit y quedaban comprendidos dentro del área metropolitana de la gran ciudad.

Albert Miller todavía no había regresado del trabajo. La señora Miller así lo aseguró mirando asustada a la pandilla.

—Está bien, le esperaremos dentro —dijo Watson empujando la puerta contra la no muy firme resistencia de la mujer.

Por lo que Wolf dedujo, la señora Miller acababa de llegar de la calle después de recoger a sus dos hijos de la escuela. Los niños eran muy pequeños y estaban armando un juego de construcciones sobre la mesa cuando la casa fue invadida por los matones de Watson.

Después de pasear su fría mirada en derredor y tomar el mejor sillón del «living», Ralph Watson dijo, quitando la funda de celofán a un cigarro habano:

—Vaya a hacer sus maletas, señora Miller. Se marchan ustedes de la ciudad esta misma tarde.

—¡Dios mío, eso es imposible! —exclamó la joven señora abriendo de

par en par sus ojos asustados.

—¿Por qué es imposible?

La pobre mujer no supo qué contestar por el momento. Luego, con lágrimas en los ojos, dijo retorciéndose las manos:

—Sí es por las tonterías que Albert dijo a los periodistas… ¡Pero ustedes no deben hacer caso de eso! No había mala intención por parte de Al. Solo…

—Señora, déjenos de monsergas y vaya a hacer lo que le he dicho. Se marchan ustedes de la ciudad. Sin remisión.

Los niños se echaron a llorar y Watson gritó furioso:

—¡Haga callar a esos críos!

Con lo cual, como era de esperar, los niños redoblaron sus sollozos de terror.

El gordo Spruce dijo desde la ventana:

—Ahí llega Miller.

Watson se puso en pie y dijo:

—Señora, saque a sus hijos de esta habitación. A usted no le gustará que sean testigos de lo que vamos a hacerle a su padre.

La señora Miller empujó a los niños fuera de la habitación en el mismo momento que se abría la puerta y entraba un hombre de unos treinta y ocho o cuarenta años que vestía chaquetón de cuero. Este era Miller. Al ver a Watson de pie en el centro de la habitación y al resto de la cuadrilla contemplándole a él, este palideció.

—Adelante, Miller, estás en tu casa —dijo Watson con ironía.

El hombre adelantó unos pasos titubeando.

—¿Qué… qué significa esto? —tartamudeó—. ¿Por qué estáis vosotros aquí?

Watson sacó el periódico de su bolsillo y se lo mostró a Miller.

—¿Te gusta ver tu nombre en los periódicos, no es eso?

—Bueno, yo…

—¡Eres un imbécil, Miller! —rugid Watson, y le arrojó el periódico a la cara—. Claro que si te gusta hacer declaraciones a los periodistas, tienes que correr también con las consecuencias. Te diré una cosa, Albert. Has dejado de pertenecer al Sindicato. En adelante, si quieres trabajar, tendrás que buscar un nuevo empleo.

—Está bien, buscaré un nuevo empleo —dijo Miller apretando los dientes.

—Pero no en esta ciudad.

—¿Cómo? ¿Qué quieres decir?

—Que esta ciudad está maldita para ti, Miller. ¡Lárgate! Haz tus maletas y márchate hoy mismo.

—¡No podéis obligarme a hacer eso!

La señora Miller se asomó en este momento por la puerta del fondo con

los dos niños llorando agarrados a sus faldas. El rostro de Miller se tornó lívido.

—¿Qué le habéis hecho a mí mujer? —rugió—. ¿La habéis asustado, no es cierto?

Miller se abalanzó sobre Watson, pero el largo y melancólico Redstone se interpuso en su camino disparándole un directo al oído.

Albert Miller cayó contra el diván, se incorporó sobre las rodillas y rugió de rabia. Watson le asestó un puntapié a la cara. Miller cayó hacia atrás y la mujer prorrumpió en un chillido corriendo hacia su marido.

El pequeño y moreno Raco fue a interceptarle el paso cogiéndola por la cintura. La mujer era más alta que el menudo «gangster» y empezó a asestarle puñetazos en la cabeza. Raco se abrazó con más fuerza a ella, encogiendo la cabeza entre los hombros, hasta que finalmente Raco y la mujer cayeron por el suelo.

Wolf Carey se inclinó, agarró a Raco por el cuello y lo levantó en vilo, arrojándole como un trapo a un rincón. Luego asió a la señora Miller por un brazo y la ayudó a ponerse en pie.

La mujer trató de zafarse y Wolf la reconvino:

—No sea tonta, señora Miller. Vuelva a la cocina con sus niños, será lo mejor.

En efecto, los chicos lloraban a moco tendido. Mientras tanto, en el centro de la habitación se desarrollaba una batalla campal entre Miller y la cuadrilla. Aunque era fornido y valiente, Miller, naturalmente, llevaba la peor parte al tener que hacer frente, a la vez, a Watson, Redstone, Allen y Spruce. Este último manejaba una corta porra y estaba a todos los descuidos del desdichado camionero para golpearle en la cabeza y los riñones.

La señora Miller miró a Wolf a través de sus lágrimas. Quizá algo que vio en los ojos de Carey la persuadió. Silenciosamente dio media vuelta y cogió a los niños empujándoles hacia la cocina.

Miller estaba de nuevo de rodillas en mitad de la habitación en desorden. Spruce le asestó un golpe con la porra y el camionero cayó de bruces sobre la alfombra arrugada. Watson le asestó un puntapié. Luego se acarició los lastimados nudillos y gruñó:

—Y ahora recuerda esto, idiota. Nada de denuncias a la Policía si no quieres que uno de estos días arrolle al auto de tu mujer un camión cuando vuelva de la escuela con los niños.

Se volvió y empujó al suelo una hermosa lámpara de lectura que milagrosamente había quedado en pie.

—Vámonos —dijo a sus hombres.

La pandilla ya desfilaba hacia la calle cuando el maligno Raco cogió una silla caída en el suelo y la arrojó contra la pantalla del receptor de televisión, la cual saltó en pedazos.

Este inútil gesto de maldad bastó para retratar al menudo personaje a los ojos de Wolf Carey.

Cuando salían a la calle llegaba un auto negro que Wolf reconoció.

—Ahí está el jefe —dijo Spruce.

Watson se acercó al coche de Bridgman para hablar con este por la ventanilla.

—Miller ya llevó lo suyo. Ahora íbamos en busca de Shanks.

—Necesito a dos de vosotros para que me acompañen —dijo Bridgman en voz alta—. Por ejemplo, Allen y Carey. Los demás podéis seguir con el asunto de Shanks y luego me informas.

Watson llamó a Wolf y al joven y elegante Allen para que acompañaran a Bridgman. Guiaba el auto de Bridgman un tipo de rostro anguloso y ojos claros y fríos llamado Onsted.

Allen subió atrás con Bridgman y Wolf lo hizo en el asiento delantero junto a Mickey Onsted.

El auto se puso en marcha para regresar hacia Detroit. Luego, evitando el centro urbano, se dirigió hacia Highland Park, donde según ya sabía Wolf tenía su lujosa mansión el presidente de la Filial Local del Sindicato de los camiones: Harry Hilliard.

Wolf no esperaba tener la suerte de asistir a la entrevista de Bridgman con Hilliard, pero esto fue lo que verdaderamente ocurrió.

Hilliard esperaba a su subordinado en la biblioteca. Con él se encontraba Rolan Mac Faden, al cual Wolf no había vuelto a ver desde que el muchacho fue al hotel.

Harry Hilliard, que se había elevado al importante cargo de presidente de los camioneros de Detroit a fuerza de puños con el respaldo de «gangsters» como Watson y el cetrino y cruel Abel Raco, conservaba todavía las maneras bruscas y el gusto por las corbatas chillonas de su no lejana época de «raketer».

—Podías haber dejado a tus guardaespaldas en el vestíbulo, Bridgman —dijo Hilliard con disgusto—. No vamos a discutir pistola en mano.

—Eso espero —repuso Bridgman—. ¿Cuál es esa cosa tan importante que no podíamos hablar por teléfono?

Hilliard pegó un golpe con la mano sobre un montón de periódicos que estaban encima de la mesa.

—Esto no puede continuar, Peter. Esa campaña de Prensa nos está perjudicando mucho.

—¡Bah! ¿Quién hace caso de ello?

—Hay gente que lo toma en cuenta, Bridgman. Más de doscientas cartas he recibido hoy dirigidas al presidente del Sindicato de los camioneros, todas ellas insultantes. Esos periodistas…

—Haremos una visita a esos periodistas, les diremos unas cuantas cosas al oído y no hablarán más.

—¡No, maldición! —rugió Hilliard pegando un puñetazo sobre la mesa—. No es eso lo que yo quiero. ¿Es que no lo comprendes? La próxima primavera tendremos convención sindical. Apenas nos queda tiempo para hacer que la gente se olvide de este asunto, echar tierra por encima y conseguir que me reelijan en el cargo.

—¿Por qué te preocupa eso? Igual que conseguimos que te eligieran, podemos hacer que te reelijan de nuevo.

—Puede que no sea tan sencillo, Bridgman —dijo Hilliard con acento sombrío—. Además, ¿qué necesidad hay de recurrir a las amenazas, al soborno y a la mentira en el recuento de las papeletas?

—Salió bien una vez, ¿no es cierto? —dijo Bridgman repantigándose en el sillón con una pierna sobre la otra y los pulgares enganchados en las sisas del chaleco.

Y en esta posición asomó el acero azulado de una pistola automática que colgaba de una funda de cuero bajo el sobaco.

Hilliard hizo un gesto impaciente.

—Seamos razonables, Peter. Lo que sale bien una vez, puede salir mal la segunda. Apenas éramos conocidos cuando me eligieron presidente de esta filial. Esta vez sería distinto. La verdad es que los camioneros se están cansando de soportarnos... con razón, desde luego. Y no por mí culpa precisamente.

—¿Quieres que la culpa sea solamente mía?

—La culpa es de esos malditos asaltos a los camiones. Todo fue bien mientras no extralimitamos las cosas. Siempre que había ocasión colocábamos a uno de nuestros hombres de confianza en un camión destinado a transportar una carga de valor, simulábamos un asalto y nos llevábamos el cargamento tan tranquilos. No había, entonces, necesidad de amenazar a los camioneros, ni de golpearles, ni de asesinarles.

—Lo de John Mac Faden fue un accidente —dijo Bridgman. Levantó los ojos hasta el pálido rostro del joven Mac Faden—. Lo siento, muchacho. No había tenido ocasión de decírtelo hasta ahora. Lo de tu padre fue un desgraciado accidente. No le golpeamos para matarle. ¿Cómo íbamos a saber que el viejo estaba enfermo del corazón?

—Peter, eso no cambia las cosas —dijo Hilliard con acento de profunda irritación—. La verdad es que el viejo murió, y mañana puede ser otro el que muera. No podemos obligar a los camioneros a que permanezcan con los brazos cruzados mientras asaltamos sus camiones, y que luego, encima, tengan que tener la boca cerrada. Te digo que eso tiene que terminar.

—¿Es eso lo que quieres?

—De una manera decidida, ¡sí! —afirmó Hilliard rotundamente, pegando con la mano sobre la mesa.

Peter Bridgman descruzó las piernas, se puso lentamente en pie tirando de los faldones de su chaqueta negra de impecable corte.

—Ahora, Harry, permíteme que te conteste —dijo sin perder de su fría y estudiada calma—. Es muy cómodo para ti decir «basta» ahora que estás apoltronado en tu sillón de presidente del sindicato. Para ti, por supuesto, basta con lo que ganas por ocupar tu puesto, además de lo que cae por alterar algunas cifras de los libros de contabilidad y las dádivas de las compañías de transporte a quienes generosamente das ventajas en perjuicio de los camioneros. Ocupas una posición envidiable; tienes una hermosa casa con muchos terrenos, piscina y cancha de tenis. Tienes a tus hijos estudiando en los mejores colegios del Este. Tienes dinero invertido en un par de compañías anónimas de transporte donde el nombre de tu esposa figura como la primera accionista. Tienes todo eso y muchas cosas más: automóviles caros, un pequeño yate, amigos poderosos e influyentes... Por último, Harry, tienes muy mala memoria.

—¡Escucha, Peter! Si tengo todo eso...

—Lo tienes por mí —le atajó Bridgman secamente.

Hilliard apretó fuertemente los labios. Evidentemente, no era eso lo que él iba a decir. Miró a Bridgman como reprochándole su dureza y dijo con acento de protesta:

—Tampoco tú puedes quejarte, Peter.

—No me quejo. El negocio me marcha bien y por eso no deseo que cambien las cosas. Ese no es tu caso, sin embargo. El ideal tuyo sería, conservar cuanto tienes, hacerte reelegir e ir aumentando tu pequeña fortuna a paso corto, pero seguro. No pensabas así cuando conducías un camión, y la ahora respetable señora Hilliard tenía que trabajar horas extras en una lavandería mientras sus cinco hijos jugaban en la calle con los pies descalzos, los pantalones rotos y las narices llenas de mocos... Has subido mucho desde entonces, Harry. Has subido, ¿y sabes a quién se lo debes? ¡A mí! A mí y a esos muchachos que iban arrimando el hombro, repartiendo tortazos y recibiendo golpes para que tú pudieras llegar a la silla donde te sientas ahora. Hicimos un trato, recuérdalo. Íbamos a forrarnos de dinero en unos pocos años mientras estuviéramos al frente del sindicato, y luego allá fueran otros a repartir y encajar mamporros para conseguir el puesto que tú dejaras vacante. Eso fue lo que hablamos. Solo que a ti te gustó sentirte llamar señor presidente, y te pareció mullida la silla donde te colocamos y te encariñaste con el cargo hasta querer sacrificarlo todo por conservarlo. ¿Quieres que te responda a esto, Harry? ¡No!

—¡Pero tú no tienes derecho a hacer esto conmigo, Peter! —rugió Hilliard con la faz abotargada—. ¿De qué te quejas? ¿No has participado también de mi suerte? ¿Por qué te empeñas en matar a la gallina de los huevos de oro?

—Eres un iluso, Hilliard, si crees poder conservar indefinidamente tu gallina de los huevos de oro. Los camioneros no te reelegirán, lo que bien

mirado será una suerte para ti. Esa comisión del Senado nombrada para investigar las prácticas monopolistas del país ha puesto sus ojos sobre el sindicato de los camioneros. Sería mejor para nosotros estar fuera de la tormenta cuando empiecen a estallar los truenos. Yo lo sé y por eso me apresuro a exprimir el limón antes que cambie de mano.

—¿Es todo cuanto tienes que decir?

—Sí.

Hilliard guardó silencio mirando sombríamente a su socio.

—No vuelvas a atacar a los camiones, Peter —dijo después con acento de amenaza—. No lo hagas. No te digo más.

Bridgman sonrió desdeñosamente.

—No serás tú personalmente quien salga a impedirlo —lanzó a modo de desafío.

Giró sobre sus tacones y se dirigió a la puerta haciendo una seña con la cabeza a sus guardaespaldas.

Como para demostrar que conocía bien su oficio, Wolf permaneció junto a la puerta guardando la retirada de Bridgman hasta que este hubo salido seguido de Burt Allan. Luego les siguió a su vez reuniéndose con ellos junto al automóvil.

—Vámonos —dijo Bridgman.

Ya de camino, mientras regresaban hacia el centro de la ciudad, Burt Allen rezongó por lo bajo:

—¿De modo que Hilliard se ha pasado al bando de las personas decentes?

—Él nunca será decente —gruñó Bridgman.

—Pero nosotros no volveremos a asaltar camiones.

—¿Quién ha dicho eso? —retó Bridgman—. Mañana mismo le demostraremos a Hilliard quiénes tienen la fuerza.

CAPÍTULO VI

Siendo imprecisos los datos que Wolf Carey podía proporcionar al F.B.I. acerca del proyectado asalto a un camión en ruta, el capitán Spratt decidió seguir al auto de la pandilla desde el momento que esta se pusiera en camino hasta el instante en que se dispusieran a interceptar al camión.

Puesto que no era fácil seguir a un auto por una carretera sin que sus ocupantes se dieran pronta cuenta de la vigilancia de que eran objeto, se decidió que Wolf llevaría consigo un pequeño oscilador de bolsillo de transistores, el cual no era, en síntesis, otra cosa que un rudimento de aparato emisor de ondas electromagnéticas de alta frecuencia.

El oscilador, desde el bolsillo de Wolf, emitiría una serie de ruidos que, registrados por dos receptores de radio en otros tantos autos equipados de radiogoniómetro, permitiría a los seguidores calcular en todo momento la distancia del oscilador y los cambios de dirección de la persona que lo transportaba.

A las siete de la tarde Wolf Carey entró en la cervecería «Alpine» y fue a tomar asiento en una alta banqueta ante el mostrador.

Mel Redstone y Burt Allen se encontraban arriba jugando al billar y Raco y Spruce llegaron poco después. Al cabo de unos minutos compareció Ralph Watson, el cual, después de tomar una cerveza, hizo una leve seña a Raco y Spruce y dijo a Wolf en voz baja:

—Sube y llama a los otros. Salid por el callejón.

Poco después se reunían todos en el automóvil de Watson, que había quedado aparcado en el callejón. Faltaban Onsted y un ex boxeador llamado Sylvester.

—Están en los muelles con el camión —explicó Watson poniendo su auto en marcha.

—¿De qué se trata esta vez? —preguntó Redstone con su aire fúnebre de siempre.

—Un camión cargado de *whisky* procedente del Canadá con destino a Toledo.

—Buen botín —dijo Raco enseñando sus amarillos dientes en una sonrisa de lobo—. ¿Quién es el conductor?

—Less Willard, el negro. No habrá dificultades.

Wolf Carey acababa de pulsar en el bolsillo el botón que ponía en funcionamiento el diminuto oscilador, del tamaño de una pitillera. Los dos autos del F.B.I. estaban estacionados en los alrededores de la cervecería y deberían recoger los impulsos magnéticos del aparato en sus antenas, los cuales les guiarían hasta el muelle.

Al llegar al muelle y parar el auto lo hicieron junto al camión conducido por Onsted, el cual llevaba como ayudante al fornido y torpe Sylvester. La carga tendría que ser transferida de un camión a otro, y esto requería rapidez, número de hombres y buenos músculos.

El camión cargado de cajas de *whisky* escocés, muy apreciado y de fácil venta en el mercado norteamericano, salió al cabo de un rato por las verjas que rodeaban la zona del muelle acotada por la Aduana.

—Ese es —dijo Watson señalándolo a Onsted—. Pégate a él y no lo pierdas de vista.

Onsted siguió, al camión y el auto siguió detrás del camión de Onsted. La noche era despejada y casi cálida después de las lluvias y las nieblas precursoras de la proximidad del invierno.

Siguiendo en fila unos tras otros, los tres vehículos tomaron por Fort Street, que más adelante cambiaba su denominación por la de Toledo Highway.

—¿Nunca participa el jefe en estas excursiones nocturnas? —preguntó Wolf Carey al cabo de un rato.

—¿El? —replicó Raco mirándole escandalizado—. No, Bridgman ya hace bastante con realizar la parte más importante: localizar los cargamentos que valen la pena, coordinar los movimientos y negociar la venta del botín, que no es nada fácil cuando se trata de géneros robados.

—Bueno, ¿y qué parte del botín nos corresponde a nosotros, los ejecutores del plan?

—El cuarenta por ciento líquido para el jefe. El sesenta por ciento a repartir entre nosotros. Ralph lleva una parte doble que los demás.

—¿Y eso por qué?

—¡Oye, si no te gusta te apeas y lo dejas! —gruñó Watson sin apartar los ojos de las luces zagueras del camión que marchaba delante.

Wolf contestó:

—Esperaré, al menos, hasta tener las migajas de este negocio en la mano.

—Nosotros no trabajamos por migajas —aseguró el gordo Sam mascando su cigarro—. Vamos solo por cargamentos de precio y poco volumen. Antibióticos, perfumes, drogas, cámaras fotográficas, radiotransistores, *whisky*, tejidos y cosas por el estilo. Aunque al venderlo pierde la mitad de su valor, todavía queda una ganancia sustanciosa.

—¿Sustanciosa, pero para quién?

Burt Allen le dio a Wolf con el codo significándole que callara. Le gustaba a Wolf aquel muchacho: joven, de buena figura, elegante y de superior educación si se le comparaba al resto de la cuadrilla.

En este momento Watson retiraba el pie del acelerador al advertir que los camiones predecesores se disponían a parar.

En efecto, el camión de *whisky* se detuvo ante uno de los numerosos

paradores desparramados a lo largo de la ruta. Dos negros se apearon de él y entraron en el establecimiento.

—Tú que eres menos conocido, Carey. Sígueles y mira qué hacen —dijo Watson.

Wolf se apeó, entró en el parador y pidió un café. Los dos negros habían tomado una mesa y hablaron con el camarero negro que acudió a su llamada.

Después de apurar su taza de café, Wolf salió del parador y regresó junto al automóvil anunciando:

—Los negros van a comer. Tenemos para rato.

—Sigue por ahí y avisa cuando vayan a salir —ordenó Watson.

Los dos camioneros se tomaron algo más de media hora para comer. Al abandonar el parador para dirigirse a su camión se encontraron junto a este con dos hombres que les interceptaban el paso. Eran Ralph Watson y Wolf Carey.

—Hola, Willard —dijo Watson.

El camionero hizo una mueca de disgusto al reconocer al «gangster». Sus ojos asustados miraron en rededor como buscando por dónde escapar, pero sus pies siguieron clavados al asfalto por el miedo.

—¿Qué llevas en el camión? —preguntó Watson.

—Whisky para Toledo —dijo el negro tragando saliva.

—Nos gusta el *whisky* —aseguró Watson—. Subid al camión y echad para adelante. Como a dos millas de aquí hay un camino a la derecha. Nosotros iremos delante en el auto para indicaros la ruta. Al llegar al camino os internaréis en él y pararéis cuando yo pare. ¿Entendido?

Less Willard tragó saliva al tiempo que hacía girar la blanca bola de los ojos en las órbitas.

—Hay mucha vigilancia en la carretera, Watson —balbuceó—. Seguro que no es la noche más apropiada para lo que queréis hacer. ¿Otro día... eh?

—Hoy, ahora mismo —atajó Watson secamente—. Este muchacho irá con vosotros en el camión para que no os perdáis. ¿Llevas tu pistola, Carey?

—Sí —dijo Wolf sacando de la funda del sobaco una pesada automática del 45.

Los negros cambiaron entre sí una mirada de terror. Wolf subió con ellos al camión.

Cuando el vehículo se ponía en marcha se adelantó por la izquierda el auto de Watson. El camión siguió al auto. Dos millas más adelante Watson aminoró la marcha e indicó con el intermitente de la derecha que iba a doblar. El automóvil se internó por un camino vecinal entre sembrados cercados de alambre espinoso, siguiéndole el camión hasta que Watson se detuvo.

Al apearse, Wolf pudo ver el camión conducido por Onsted que entraba reculando en el camino después de maniobrar en la carretera.

—¡Apagad luces! —gritó Watson.

Los tres vehículos apagaron sus luces, quedando envueltos en la oscuridad.

Por la carretera, a unos doscientos metros de distancia, seguían pasando veloces turismos y pesados camiones. Wolf se preguntó cuánto tardarían en llegar sus compañeros del F.B.I., guiados hasta allí por las descargas electromagnéticas de su oscilador de bolsillo.

La posición en que habían quedado los vehículos no era la ideal a los efectos perseguidos por el F.B.I. Con aquellas cercas de alambre y el terreno de los sembrados fangoso a causa de las recientes lluvias, los detectives iban a tropezar con grandes dificultades para rodear a los bandidos.

Si era casualidad o la operación había sido estudiada por Watson o Bridgman, esto no lo sabía Wolf. Probablemente el astuto Bridgman había pensado en todas las probabilidades, escogiendo el lugar peor para la policía, en el caso de que apareciera un auto patrullero.

El camino era demasiado estrecho para que ningún auto pudiera pasar estando bloqueado por los camiones, y en cuanto al auto estaba enfilado de modo que podía salir huyendo por el camino mientras los camiones quedaban detrás obstruyendo el paso a cualquier posible perseguidor. Wolf supuso que aquel camino llevaría a alguna otra carretera, probablemente a la autopista de Telegraph Road.

A los pocos minutos ya había acomodado Wolf su vista a la leve claridad de las estrellas. Los «gangsters» estaban levantando los toldos que cerraban la parte posterior de los camiones. Al caer hacia afuera las puertas, ambas plataformas quedaron casi al mismo nivel.

Raco apareció junto a Wolf, empuñando una metralleta.

—¡Vamos, señorito, a trabajar con los demás! —gruñó el siniestro hombrecillo empujándole con el cañón del arma.

Emprendióse a buen ritmo la operación de transferir la carga de uno a otro camión. Las cajas de *whisky* escocés pasaban de una plataforma a otra y eran cuidadosamente apiladas.

No se escuchaba más ruido que el golpe de las cajas al ser amontonadas y el jadear de los hombres afanados.

Wolf ya se preguntaba por qué tardaban tanto en llegar sus compañeros del F.B.I. cuando se escuchó la voz aguda de Raco:

—¡Watson, un auto viene hacia aquí!

Todos quedaron inmóviles.

—¡Spruce, coge la escopeta y sal al camino! —apremió Watson, que se encontraba también arriba del camión—. Detén a ese auto como sea. Fíngete un guarda jurado y di que está prohibido el paso por este camino…

lo que se te ocurra.

Spruce salió corriendo, escuchándose el rítmico sonido de sus pies al alejarse.

—¿Será la policía, Ralph? —preguntó Onsted, intranquilo.

Watson sacaba la cabeza por la trasera del camión.

—No lo creo. No lleva luz destellante en el techo. Segura...

El tableteo de una ametralladora cortó en seco las palabras de Watson. Desde el suelo gritó Raco:

—¡Han disparado contra Spruce...! ¡El auto se ha detenido! ¡Es la policía!

Un par de cajas cayeron sobre la plataforma soltadas de las manos de quienes las tenían. Como si la palabra «¡policía!» hubiera sido un toque a rebato, corrieron los hombres atropelladamente para saltar al suelo por ambos lados de la estrecha separación que quedaba entre los camiones, puestos trasera contra trasera.

Solamente Wolf quedó arriba del camión, corriendo a apartar la última fila de cajas para inclinarse y mirar por el ventanillo que comunicaba con la cabina.

La ametralladora de Raco empezó a tabletear en este instante.

Wolf vio unos focos potentes encarados contra el camión. En el mismo momento crepitaban dos o tres ametralladoras, y una caprichosa línea de agujeros apareció en el cristal parabrisas del camión. Wolf se apresuró a retirarse de tan peligroso lugar, recogiendo su chaqueta, que estaba en el suelo, sin dejar de correr agazapado hacia la trasera del vehículo.

El tiroteo se había generalizado, escuchándose junto a los camiones las detonaciones secas y agudas de las armas cortas de los «raketers» de Watson.

Wolf no cabía en sí de sorpresa. Imposible que los atacantes fueran sus compañeros del F.B.I. Estos no hubieran abierto fuego de ametralladora contra la pandilla, a sabiendas de que uno de los suyos se encontraba entre ellos.

Y antes de empezar a disparar, el capitán Spratt debería haber conminado a los «gangsters» a la rendición, tal, como había quedado convenido.

Las balas silbaban por todas partes cuando Wolf asomó la cabeza fuera del camión. No iba en broma la cosa. La potente luz de los focos del automóvil cegaba a la gente de Watson. Wolf vio a Sylvester junto a la cuneta soltando la pistola y rodando hasta el pie de la cerca de espinos.

—¡Al coche! —gritó una voz.

Acuclillados junto a las ruedas del camión, los hombres de Watson empezaron a retroceder mientras disparaban a ciegas contra el auto. Sus disparos lograron apagar, por lo menos, uno de los faros. Las ametralladoras lanzaron una nueva descarga.

Burt Allen, el joven y elegante Allen, se enderezó como impulsado por un resorte, soltó el revólver que empuñaba y cayó hacia atrás con la cara llena de sangre.

Wolf saltó del camión al suelo, e inmediatamente se echó rodando sobre sí mismo detrás de las dobles ruedas del vehículo. Hasta allí le siguió una ráfaga de ametralladora que levantó el barro en pequeños surtidores. Las balas rebotaron contra el disco de la rueda. Algunas alcanzaron los neumáticos, que empezaron a perder aire enseguida.

La situación era francamente comprometida para la cuadrilla, que se retiraba luchando en busca del automóvil. De una cosa estaba Wolf seguro ahora. Los atacantes no eran agentes del F.B.I. ni tampoco eran policías de tráfico. Ningún policía obraría de forma tan brutal abriendo fuego sin hacer preguntas, exponiéndose a matar por error a un grupo de personas honradas.

Wolf pensó en Hilliard. Casi seguro que era él, con su pandilla de matones. Pero este pensamiento solo le entretuvo un segundo.

Era preciso salir de allí.

Extendió el brazo, asomó por detrás de las ruedas del camión y apuntó al faro. Disparó, y el foco se apagó al instante, pero él quedó momentáneamente cegado.

Mientras esperaba agazapado a que pasara su deslumbramiento volvieron a tabletear las ametralladoras. Los proyectiles golpeaban en la parte de carrocería de madera y chirriaban y rebotaban al pegar contra el acero. Wolf empezó a distinguir las parpadeantes lenguas de fuego de las ametralladoras.

Los atacantes se habían apartado del coche entrando en los sembrados a derecha e izquierda para ametrallar a los vehículos por los costados.

Las ametralladoras hicieron una pausa y Wolf escuchó el ruido del arranque del motor del automóvil que se ponía en marcha.

¡Le abandonaban!

—¡Watson, esperadme! —gritó.

Salió gateando por debajo del camión y se puso en pie. El auto arrancaba. Wolf corrió junto al camión, pero las ametralladoras volvieron a disparar furiosamente contra las luces rojas de la zaguera del auto que escapaba. Las balas silbaron junto a Wolf y obligaron a este a echarse de nuevo a tierra bajo el camión del *whisky*.

En el mismo momento se dejó oír el chillido de una sirena que se acercaba con rapidez. Ya estaban allí los coches del F.B.I. «A buena hora», se dijo Wolf. Y a continuación se formuló otra pregunta: ¿qué harían ahora los «gangsters» de Hilliard, atrapados entre los inmovilizados camiones y la carretera por dónde llegaba la policía?

El motor del camión bajo el cual estaba agazapado arrancó de pronto. ¿Quién estaba sobre el camión?

«¡Los negros!», se dijo Wolf, acordándose de pronto de ellos.

El camión iba a arrancar y le aplastaría si no se apartaba.

Wolf salió a gatas. Escuchó voces y carreras apresuradas.

—¡Vamos al camión! —gritó una voz.

Eran los matones de Hilliard que ahora buscaban la salvación en el camión cargado de *whisky*. Una situación que a Wolf le hubiera parecido divertida… a no ser porque los «gangsters» iban hacia donde él estaba y dispararían contra él si le encontraban allí.

El camión arrancaba. Wolf dio una carrera para alcanzarlo y saltó al estribo izquierdo de la cabina. Metiendo la pistola por la ventanilla apoyó el cañón en la sien del aterrorizado negro.

—¡Aprieta, moreno, tenemos que salir de aquí como un bólido!

Un camión cargado no podía salir como un bólido. Los perseguidores venían corriendo, detrás, y ya le estaban dando alcance. Wolf dejó de apuntar al negro para, colgado con el brazo izquierdo de la portezuela, disparar con la mano derecha contra una figura que corría junto al camión.

El hombre pareció tropezar y cayó de bruces.

Alguien que venía detrás hizo fuego con una ametralladora.

Wolf se escondió tras el ángulo saledizo de la carrocería del camión. Las balas arrancaron astillas de la madera y mordieron el metal de la carrocería.

La ametralladora quedó atrás al cobrar velocidad el camión.

Wolf dio un respiro volviendo junto a la ventanilla. Una voz gritó:

—¡Echa atrás la cabeza, negro!

Un fogonazo estalló casi ante los mismos ojos de Wolf. Algo pasó quemándole junto a su sien. Por una fracción de segundo sintió que le abandonaban las fuerzas. Fue todo muy rápido, y su reacción fue rápida también.

Comprendió que le habían disparado desde la ventanilla opuesta por delante del rostro del conductor. Era alguien que, como él, se había encaramado al estribo del camión en marcha, pero por el otro lado.

Wolf disparó metiendo la mano por la ventanilla de la portezuela. El disparo brotó del arma ante la misma cara del aterrado negro y obligó a este a echar la cabeza atrás contra el respaldo. Luego se hizo el silencio, y una voz quebrada por el pánico balbuceó:

—Ya está, señó… le dio uté y se cayó pa atrás.

Era el ayudante negro del conductor, agazapado al otro extremo del asiento y temblando como una hoja.

CAPÍTULO VII

Esta vez fue Wolf Carey quien sorprendió al capitán Spratt esperándole en su casa.

Con los zapatos y las ropas llenos de barro y una tira esparadrapo sobre la sien, Wolf no presentaba un aspecto muy atractivo. Sin embargo, lo era mucho menos cuando llegó al domicilio de Spratt. La amable esposa del capitán le había limpiado la sangre seca de la herida colocándole después un esparadrapo.

—¿De modo que estás aquí? —exclamó Spratt—. Y yo preocupándome por ti, pensando si te habrían matado. ¿Qué ocurrió con el oscilador?

—Todavía lo llevo en el bolsillo —repuso Wolf, mostrándolo.

—¡Dichoso chisme! Dejamos de oírlo después que os pusisteis en marcha por segunda vez. Temí que te hubieran registrado, encontrándote con el aparato en el bolsillo. Estuvimos andando desesperados arriba y abajo hasta que acertamos a pasar junto a aquel camino y descubrimos los camiones. ¿Qué es eso de la cabeza?

—Un arañazo sin importancia. Dígame, ¿eran los de la pandilla de Harry Hilliard los que nos atacaron?

—Sí.

—¿Los capturaron?

Spratt se volvió hacia su esposa y dijo:

—Vete a dormir, Lucile. No voy a salir ya esta noche.

Obediente y discreta, como buena esposa de un policía, la señora Spratt dio las buenas noches y se retiró. Wolf ya tenía su vaso de *whisky* y soda en la mano, y el capitán fue a servirse a su vez de la botella que estaba sobre el pequeño velador. Mientras, habló y dijo:

—Capturamos a dos de ellos. Encontramos otros dos miembros de la banda muertos en el camino sobre las rodadas que dejó el camión… Los restantes lograron huir a través de aquellos sembrados embarrados. También hallamos muertos a dos de la banda de Bridgman, un tal Allen y un ex boxeador llamado Sylvester. Puede decirse, pues, que quedaron empatados a bajas entre sí.

—Bueno, y ahora, ¿cuáles son las consecuencias posibles de lo ocurrido esta noche? —preguntó Carey.

—Lo más interesante, desde mi punto de vista, es que Hilliard y Bridgman han entrado en colisión. Hay una antigua ley de guerra que dice: «Divide y vencerás». Juntos Hilliard y Bridgman formaban una coalición que nunca pudimos vencer. Lo más probable es que ahora se liquiden entre ellos.

—¿Es eso lo que nosotros queremos?

—No era lo que esperábamos. Pero, en definitiva, los medios no importan. Lo que importa es el fin, y el fin nuestro es acabar con Hilliard de una u otra forma. Lo verdaderamente desastroso sería que Hilliard lograse vencer a Bridgman y consiguiese la reelección que desea. Harry Hilliard no es más listo que Bridgman, pero es más ambicioso y sabe lo que quiere y la forma de conseguirlo.

—Tenemos presos a dos hombres de la banda de Hilliard. ¿Qué pasaría si ellos confesaran que Hilliard les había enviado a liquidar a la banda de Bridgman?

—Esos pillos nunca confesarán tal cosa. Aparte que, como es lógico, nunca se podría demostrar que Hilliard personalmente fuera quien les dio esa orden. Hilliard debió dar la orden al joven Mac Faden, y este instruyó al resto de la pandilla… La misma historia de siempre.

Wolf Carey asintió moviendo la cabeza.

Naturalmente, era ilusorio pensar que los hombres apresados pudieran delatar a Hilliard ni siquiera a Rolan Mac Faden. Ningún «gang» habría prosperado jamás, ni la historia del crimen habría conocido personajes famosos como Al Capone, Lucky Luciano, Dillinger y otros, si no existiera entre las gentes del hampa un código de honor.

En sus luchas intestinas de cuadrilla contra cuadrilla no se conocía medio ilícito para combatirse; la traición, la emboscada, la deserción al bando contrario, todo era válido. Lo que ellos nunca hacían, o efectuaban en muy raras ocasiones, era recurrir a la delación.

Aquella noche, el F.B.I. había intentado un golpe de astucia que, de haber salido como estaba planeado, habría servido para romper las hostilidades entre Hilliard y Bridgman. El propósito de Spratt era hacer parecer como si Hilliard, enterado de los propósitos de Bridgman, hubiese delatado a este al F.B.I.

La avería del oscilador de bolsillo de Wolf no había permitido al F.B.I. llegar a tiempo. Sin embargo, la banda de Hilliard sí había llegado. La lucha a cara descubierta había comenzado de todos modos entre las dos bandas, pero esto no era todo lo que Spratt se proponía alcanzar.

Si el ataque a la banda de Bridgman hubiese parecido realmente el resultado de una delación, este, a su vez, se habría vengado denunciando los manejos de su socio en el sindicato de los camiones, y esta sí habría sido una forma efectiva de que se aniquilaran mutuamente.

—¿Vamos a detener a Bridgman? —preguntó Wolf.

Spratt negó con la cabeza.

—No. ¿Para qué? Mientras esté en libertad nos será más útil para destruir a Hilliard. No arrestaremos a Bridgman. Además, nos ocuparemos de que la policía no le detenga tampoco.

Wolf se abstuvo de hacer comentario alguno. En buena ética, la idea del

F.B.I. de dejar libre a Bridgman para que tratara de aniquilar a Hilliard, pudiera parecer contraria a la moral. El F.B.I., sin embargo, tenía su propio punto de vista acerca del asunto. Hilliard era un enemigo público y tenía que ser eliminado.

Si la Ley, debido a las trabas legales, era impotente para destruir a Hilliard, sí podía, en cambio, cerrar los ojos e ignorar ciertos detalles, permitiendo que los malditos se destruyeran entre sí.

—¿Me permite exponerle una idea? —dijo Wolf de pronto.

Spratt le miró con el ceño fruncido. Wolf prosiguió:

—Se me ocurre que no hemos agotado todos los recursos. Hay una persona que tal vez pueda ayudarnos a desenmascarar a Hilliard. Rolan Mac Faden.

—¿Mac Faden? Ese muchacho es carne y uña de Hilliard. Sin duda sabe más que ningún otro de los manejos de este, pero nunca le traicionará.

—¿Me deja intentarlo?

—Sí, por supuesto. Siempre que al hacerlo no perjudiques el resto de nuestro programa para destruir a Hilliard.

Wolf Carey abandonó poco después el domicilio del capitán para regresar a la habitación que ocupaba en el hotel. Antes de dormirse estuvo pensando largo rato, buscando los pros y los contras de la idea que se le había ocurrido.

Seguía indeciso al día siguiente cuando se levantó y se afeitó ante el espejo. Recordó que no había llamado a Bridgman, ni siquiera para hacerle saber que todavía vivía.

La llamada que hizo poco después no obtuvo respuesta. Bridgman debía encontrarse fuera de su casa, lo que no era de extrañar teniendo en cuenta que eran casi las diez de la mañana. Wolf acabó de vestirse y salió a la calle.

En un puesto de periódicos, mientras iba en busca de un taxi, compró el diario de la mañana.

Los Mac Faden vivían en Clerenceville, uno de los pueblos del extrarradio de la ciudad. Mientras iba en el taxi desplegó el periódico y buscó la información referente al combate de la noche anterior entre las bandas de Hilliard y Bridgman.

La referencia al asalto de un camión de *whisky* era breve, limitándose a dar la noticia escueta de una batalla habida entre los hombres del F.B.I. y los «raketers», con dos bajas por parte de estos últimos.

El comentario, por el contrario, era muy amplio y traslucía la indignación de la opinión pública ante la repetición de un hecho que pocos días antes había costado la vida a un honrado camionero. El periodista, por último, se consolaba pensando que tal estado de cosas iba a terminar ahora que el F.B.I. parecía haber tomado cartas en el asunto.

Era particularmente desdeñoso el acento con el cual el periódico hacía

alusión a la manifiesta impotencia de la Policía para poner freno a los desmanes de aquella pandilla de «gangsters». Wolf pensó que al capitán Rim no le habría hecho mucha gracia nada de lo que allí se decía.

Wolf plegó el periódico cuando llegaban a Clerenceville.

La casa de los Mac Faden quedaba bastante retirada de la carretera, teniendo que preguntar varias veces para, finalmente, dar con ella. La casa formaba parte de una serie de veinte «chalets» iguales formados en una sola línea a un lado de la calle arbolada.

Wolf rogó al chofer que esperara y cruzó el césped por un sendero de losas que conducía directamente al pórtico de la casa.

La señorita Mac Faden abrió la puerta. Por la dilatación de sus bellas pupilas, Wolf comprendió el asombro que le producía a la muchacha verle aparecer por su casa.

La reacción inmediata fue de indignación.

—¡Usted!

Wolf empujó suavemente la puerta y entró antes que ella pudiera impedirlo.

—¿Está en casa su hermano?

—¡Oh, márchese de aquí! —rugió la chica, furiosamente.

—Quiero hablar con su hermano.

—¡Él no está aquí!

—Pero usted sabe dónde está, ¿no es cierto?

La muchacha le miró con expresión amenazadora. Bruscamente dio media vuelta y se dirigió al velador donde estaba el teléfono. Wolf la siguió, poniendo su mano sobre la de Tacetta cuando esta iba a descolgar el aparato.

—¿Qué va a hacer?

—Llamar a la policía.

—Yo, de usted, no lo haría.

—¡Entonces váyase de mi casa! ¿Cómo se atreve a venir aquí... usted que nos negó toda ayuda y colaboración para hacer castigar a los asesinos de mi padre?

Él la miró gravemente un minuto. Su mano estaba todavía sobre la pequeña mano de la chica, y ella retiró la suya con gesto hostil y mirada agresiva.

—Es curioso que usted esperara eso de mí —dijo Wolf mirándola rectamente a los ojos—. ¿Por qué no le pidió a su hermano que denunciara a los asesinos? Él también les conoce.

Una ola de rubor invadió el lindo rostro de la muchacha. La flecha había dado en el blanco.

—¿No contesta usted? —dijo Carey.

Tacetta Mac Faden se apartó de él para ir a sentarse con las rodillas juntas en un bajo diván.

—Muy bien —dijo Wolf después de dejarla reflexionar un par de minutos—. ¿Quiere que hablemos ahora?

Ella levantó el pálido rostro y le miró.

—Dígame qué ha venido a buscar aquí.

—Quiero ayudar a su hermano.

—¿Ayudarle usted? ¿A Rolan? —de nuevo había desconfianza tras el límpido azul de las pupilas de la joven.

Carey puso un pie en el borde de un sillón, se subió un poco el pantalón y sacó del calcetín un carnet que tendió a la chica.

—¿Quiere echarle un vistazo a esto?

Tacetta tomó la carterita, la abrió y miró la fotografía y el escudo del águila bicéfala con la leyenda: «Federal Bureau of Investigation».

—¡Un agente del F.B.I.! —exclamó mirando a Wolf con incredulidad.

—Teniente Carey del F.B.I. —dijo Wolf, quitándole la carterita y escondiéndola de nuevo en su calcetín—. Hubiera preferido mantener mi incógnito hasta el final, pero temo que usted no habría confiado en mí.

—¿Cómo iba a imaginar…?

—Ahora ya puede imaginarse por qué me encontraba junto a su padre cuando asaltaron su camión. Pude haber denunciado a los asesinos, pero tenía mis razones para guardar silencio. El asunto de los robos a los camiones solo nos interesa por su relación con el núcleo principal del problema. ¿Ha leído usted los periódicos de hoy?

Tacetta Mac Faden asintió con la cabeza, no repuesta todavía de su sorpresa.

—La información no es exacta. Lo que ocurrió, en realidad, fue que la cuadrilla de Bridgman se encontraba desvalijando un camión de *whisky* cuando se presentó la pandilla de Harry Hilliard y se trabó una batalla campal. Esto quiere decir que Hilliard y Bridgman se han declarado la guerra entre sí. Su hermano de usted forma en la cuadrilla de Hilliard. No le quedan muchas oportunidades para salvarse. Si no cae bajo una ráfaga de ametralladora en uno de los combates de aniquilamiento entre las bandas, será arrastrado al fondo con Hilliard cuando el F.B.I. hunda al presidente del sindicato… y eso no va a tardar mucho en ocurrir.

La muchacha retorció angustiada sus manos.

—Ahora ya sé por qué mi hermano no vino anoche a casa. Andará escondido huyendo de la policía…

—La policía no ha iniciado todavía la persecución de su hermano ni del resto de la banda. Si usted pudiera dar con él, sería muy conveniente que fuera a hablarle y le convenciera para celebrar una entrevista conmigo.

—Temo que Rolan no accederá.

—En ese caso lo sentiré por él.

—¡Oh, espere! —exclamó la chica con apuro—. Lo intentaré de todos modos. No se pierde nada con intentarlo. ¿Qué debo decirle?

—Dígale que un agente del F.B.I. desea entrevistarse con él. No es necesario que le diga que el agente soy yo mismo. Por lo demás, usted deberá encontrar los argumentos adecuados para obligarle a venir.

—¿Dónde podré encontrarle a usted, en el supuesto que Rolan acceda a la entrevista?

—Llámeme al hotel «Winston» preguntando por el señor Carey. Estoy alojado allí con mi verdadero nombre.

La muchacha se puso en pie y le acompañó hasta la puerta. Bruscamente le tendió la mano mirándole agradecida a los ojos.

—Gracias —murmuró—. Usted sabrá disculparme todo lo malo que pensé de usted.

—Sí, con una condición.

—¿Cómo?

—Que mejore su opinión sobre mí, ahora que sabe que no soy un vulgar delincuente.

La forma en que ella le miró era ya una garantía de que esto había ocurrido.

Wolf abandonó la casa para tomar su taxi y regresar a Detroit.

Era mediodía cuando llegó al centro de la ciudad. Entró en un restaurante y almorzó.

Después de ello hizo una nueva tentativa para comunicar por teléfono con Bridgman, pero la respuesta que recibió, desde el domicilio de este, fue que Bridgman había salido de viaje y no se sabía cuándo regresaría.

Wolf imaginaba a Bridgman tan asustado como Hilliard y a las cuadrillas de ambos escondiéndose de la policía y al mismo tiempo de la banda rival.

Por si podía conseguir alguna confidencia acerca del lugar donde se escondía la banda, Wolf se dirigió a la cervecería de Berwich. El suizo pareció sorprendido al ver a Wolf, pero no demostró desconfianza. El rollizo Berwich ignoraba, en verdad, dónde se encontraban los «muchachos», pero señaló la posibilidad de que hubieran ido a hacerse fuertes a cierta barcaza anclada frente a Bully Island, justamente en aguas territoriales del Canadá y fuera, por tanto, de la jurisdicción de la autoridad norteamericana.

Carey perdió la mayor parte de la tarde buscando la barcaza y finalmente decidió regresar a su hotel por si había llegado algún recado de Tacetta Mac Faden.

En efecto, una nota esperaba a Wolf en el hotel. La señorita Mac Faden había telefoneado aquella tarde indicándole la conveniencia de que fuera a su casa alrededor de las cinco. Ya eran las cinco. Wolf subió a su habitación para recoger el revólver y salió inmediatamente hacia Clerenceville.

Tacetta le abrió la puerta y le invitó a entrar con un gesto.

—Espero no haber llegado demasiado tarde —dijo Wolf.

—Rolan no ha llegado todavía. En realidad no fijó la hora que vendría. Fue por eso que le avisé a usted para que viniera temprano. ¿No le importa esperar, verdad?

A Wolf no le importaba tener que esperar. Todo lo contrario, le encantaba estar allí a solas con la muchacha. Tacetta le invitó a tomar café.

Poco después, sentados en el diván, charlaban animadamente de multitud de cosas sin importancia. Ella le habló de sus propósitos de buscar empleo, ahora que su padre había muerto y tenía todo el tiempo libre para hacer lo que quisiera.

—Papá nunca quiso que trabajara mientras él vivió. El señor Hilliard me propuso darme un empleo en las oficinas del sindicato de los camioneros. ¿Cree usted que debo aceptarlo?

—Bueno, supongo que cuando la destrucción caiga sobre la cabeza de Hilliard, al menos se salvarán las mecanógrafas de su oficina. Nada malo puede ocurrirle por aceptar el empleo. En todo caso, lo único que puede pasar es que el presidente entrante despida al personal tomado por su antecesor y emplee a la gente de su preferencia.

—Será mejor dejarlo y esperar a ver en qué queda todo, ¿no le parece?

Mientras charlaban había ido oscureciendo sin que ellos apenas se dieran cuenta. Wolf consultó su reloj. Tacetta tiró del cordón de la gran lámpara de lectura.

—Rolan empieza a tardar.

—¡Oh, no se preocupe! Todavía es pronto —aseguró Wolf, para quien el tiempo carecía de valor junto a la muchacha.

—Tendremos que ir pensando en comer. ¿Me acompaña a la cocina?

Wolf se mostró encantado. Aunque no era un gran aficionado a la cocina, hasta se ofreció a ayudar.

Poco después, mientras agitaba una salsa, estaba contando detalles de su propia vida. Cómo era su casa, quién era su familia y cuáles sus progresos y aspiraciones en la carrera que había tomado.

Tacetta le interrumpió de pronto haciendo un ademán:

—Espere, me parece que alguien ha entrado. Cebe ser Rolan.

La muchacha salió apresuradamente mientras Wolf se quitaba el delantal y tomaba la chaqueta que había dejado colgada del respaldo de una silla. Oyó a Tacetta hablando en el «living» y escuchó también una voz de hombre.

Wolf salió de la cocina. En efecto, era Rolan Mac Faden que acababa de llegar.

—¡Usted! —exclamó Mac Faden poniéndose en guardia—. Tacetta, tú me dijiste…

—Él es el agente de quién te hablé, Rolan.

Este miró a su hermana y luego de nuevo a Carey.

—¿De modo que es usted el enviado del F.B.I. que deseaba hablar conmigo? —murmuró entornando los ojos—. ¿Por qué no me dijo que era un policía la vez que estuve a verle en su hotel?

—Me pareció prematuro decírselo entonces.

—¿Qué quiere usted? —interrogó Rolan, agresivamente.

—¿Por qué no se sienta y hablamos?

—No pierda el tiempo en rodeos. No puedo permanecer aquí mucho rato, así que hable de una vez.

—Está usted metido en un bonito lío, Mac Faden... y a lo mejor no se da cuenta de ello. ¿Qué esperan ustedes que haga Bridgman después del ataque que anoche lanzaron contra él?

—No sé siquiera de qué me está hablando.

—Comprendo —dijo Wolf, haciendo una mueca—. No se comprometerá admitiendo que anoche estaba allí disparando con los demás pistoleros de Hilliard contra la banda de Bridgman... Está bien, pasemos por alto ese punto. Usted forma parte de la banda de Hilliard...

—No sé qué entiende usted por banda. Trabajo con él, eso es todo.

—¿Le sirve de secretario?

—¡Le sirvo de lo que me da la gana! —estalló Mac Faden.

Tacetta puso su mano sobre el hombro de su hermano.

—Rolan, por favor... escucha.

—¡Déjame, no sé por qué me obligaste a venir aquí... ni sé cómo fui tan tonto que acepté esta entrevista! No hay nada que yo pueda tratar con un agente del F.B.I. ¡Nada! Ponme un par de mudas en una maleta pequeña. Me marcho ahora mismo.

La chica no se movió, mirando desconsolada a Wolf. Realmente era difícil para este encontrar un hueco por dónde atacar la coraza de escepticismo y desconfianza de Mac Faden.

—Dígame una cosa, Mac Faden. ¿Ha conseguido resolver con su conciencia si la muerte de su padre se puede considerar un accidente o simplemente un asesinato? —preguntó de pronto.

El efecto fue instantáneo. El rostro de Mac Faden cambió de color. Dijo apretando los dientes:

—Fue un accidente, naturalmente. Ellos no querían matarle...

—Pero le mataron. ¿Y sabe usted por qué, Rolan? Pues porque cuando uno golpea a un hombre para acallarle, aun sin intención de matarle, ese hombre está cometiendo un delito. Es delito conducir un coche embriagado con riesgo de precipitarse sobre un peatón inocente. No está permitido fabricar dinamita en los sótanos de un rascacielos. Tampoco está permitido salir a la ventana con un rifle y ponerse a disparar contra los transeúntes, aunque sea con intención de arrancarles el sombrero de la cabeza. Si además de quitarle el sombrero le atraviesa usted la cabeza de

un balazo, ¿con qué razón podrá excusar su delito? ¿Cree que le absolverían, nada más que porque usted asegurase que quería darle al sombrero y no a la cabeza?

Mac Faden apretó los dientes sin contestar. Wolf prosiguió:

—No es lícito arriesgar la vida de los demás cuando jugamos. Y Pickford no estaba jugando cuando le dio con la llave en la cabeza al viejo Mac Faden. Sabía perfectamente que podía matarle. ¿Pero es que, acaso, eso le importaba? Tenía que dejar tendido a Mac Faden en la cuneta porque este se negaba a dejarse robar. ¡Por Dios, amigo mío! Es estúpido disculpar a un hombre que estaba forzando a otro a hacer una cosa contra su voluntad y derecho. Usted no puede creer que Pickford sea inocente.

—Yo le ajustaré las cuentas a Pickford —dijo Rolan sombrío.

—¿Y a Bridgman?

—También.

—¿Y a Hilliard?

—Él no tuvo culpa.

—¿Eso cree usted?

—Hilliard se oponía a que Bridgman asaltara los camiones.

—¿Cuándo se oponía, diga usted? Solamente cuando ya no le convino que la Prensa, la opinión pública, la policía y los mismos camioneros se volvieran contra él. Sin embargo, bien estaba conforme cuando se alió a Bridgman para conseguir el puesto de presidente del sindicato de los camioneros. Hilliard no es mejor que Bridgman. Sus intereses eran distintos, nada más que eso. Yo le aseguro que cuando se juzgue a Hilliard no será solamente por malversación de fondos, chantaje y corrupción. Además, ¿a qué buscarle excusas a Hilliard? Dispone, para fines propios, de los fondos del Sindicato… acepta recompensas de las empresas por no hacer cumplir los contratos… suprime a los respondones enviando contra ellos a sus pistoleros… evita las huelgas amenazando a los conductores con el despido y el boicot organizado… Dígame de una sola virtud de Hilliard. ¿Es, al menos, leal con sus amigos? No, puesto que intenta eliminar a Bridgman, el hombre que le empujó hasta el cargo que ahora ocupa.

Wolf se interrumpió para recobrar el aliento. Mac Faden le miró sombríamente.

—¿Qué se propone usted? —gruñó—. ¿Minar mi confianza en Hilliard para que le traicione y le venda a la policía?

—No sé hasta, qué punto se puede llamar traición al hecho de hacer justicia. Usted sabe que Hilliard es un criminal. Nosotros lo vamos a demostrar. Es pura cuestión de tiempo. Solamente Usted podría abreviar ese tiempo, y con ello las injusticias que padecen los camiones, proporcionándonos los documentos precisos para destruir a Hilliard.

—No cuente conmigo para eso.

—¿Esa es su respuesta?

—¡Sí!

Wolf abatió los hombros con expresión desalentada.

—Lo siento por usted; tendré que detenerle.

Rápido como un rayo, Rolan Mac Faden dio un salto atrás al mismo tiempo que empuñaba una pistola.

—¡Rolan! —exclamó Tacetta, aterrada.

El cañón del arma apuntaba rectamente al paralizado Carey.

—Ni lo intente, Carey —rugió el muchacho entre dientes—. Vine aquí confiado en su palabra. Fue usted muy astuto engañando a la tonta de mi hermana para atraerme a una trampa...

—No hubo tal trampa —negó Wolf con energía—. Si hubiera pensado en ello la casa estaría rodeada de policías y usted no podría escapar. Al negarse usted a colaborar con el F.B.I. me veo obligado a detenerle. Este caso todavía no ha terminado. Por tanto, sería muy arriesgado para mí dejarle ir sabiendo que soy un agente de la Oficina Federal.

—Usted me buscó para decirme quién era. No es mía la culpa si se ha delatado. Ahora voy a salir... no intente detenerme o le pesará. ¡Tacetta, quítale la pistola!

La muchacha no se movió y Mac Faden repitió furioso:

—¡Quítale la pistola!

Tacetta se acercó a Wolf, le miró y murmuró:

—Lo siento, Carey. Será lo mejor, no quisiera que él le matara ni que usted tuviera que matarle a él.

Wolf no despegó los labios. La chica palpó bajo su chaqueta y le quitó el revólver, que tiró lejos sobre el asiento del diván. Rolan retrocedió hasta la puerta y abrió sin dejar de apuntar con su pistola. Se detuvo bajo el dintel mirando a su hermana y al detective.

—Yo también lo siento, señor Carey —murmuró—. Le agradezco la oportunidad que quiso darme, pero...

Una ametralladora tableteó en la calle. La ráfaga cogió de través a Rolan Mac Faden, el cual levantó los brazos, girando sobre sí mismo, para caer contra el marco de la puerta. Al mismo tiempo, algunas balas entraron en la casa silbando junto a Wolf Carey y Tacetta Mac Faden, acribillaron la pared y destrozaron la bombilla de la gran lámpara de lectura.

Wolf empujó rudamente a la muchacha al suelo, al mismo tiempo que él mismo se tiraba sobre la alfombra y se hacía la oscuridad en el «living». La ametralladora cesó de disparar y se hizo el silencio.

—¡Dios mío, Rolan! —gimió la muchacha iniciando un movimiento para incorporarse.

—¡Quieta! —rugió Wolf, reteniéndola por un brazo.

En la calle se escuchó el rumor de un motor de automóvil. Una voz gritó agudamente:

—¡También a ti te llegará tu turno, Carey, traidor!

Era la voz de Abel Raco.

Wolf fue a gatas hacia el diván para coger su pistola, saltó en pie y corrió hacia la puerta.

Un automóvil gris se ponía en marcha en la calle. Wolf disparó dos veces contra el auto que arrancaba, salió corriendo e hizo dos disparos más.

Desde una de las ventanillas del automóvil salió una descarga de ametralladora. Wolf Carey tuvo que tirarse de nuevo al suelo, rodando por el césped hasta alcanzar un árbol mientras los proyectiles aullaban como demonios a su alrededor.

La ametralladora dejó de disparar al alejarse él automóvil y Wolf se puso en pie para regresar hacia la casa.

Tacetta Mac Faden sostenía entre sus manos la cabeza de su hermano. Al acercarse Wolf le miró angustiada con sus ojos llenos de lágrimas. Wolf se arrodilló junto al herido. Este abrió los ojos y le sonrió haciendo una mueca.

—Eran los pistoleros de Bridgman... ¿verdad?

—Sí.

—Debieron seguirme hasta aquí... Bien, no importa. Yo ya estoy listo —suspiró Rolan. Tacetta prorrumpió en un sollozo y el moribundo continuó —: Ten calma, hermanita... Tenía que ser así, recuerda cómo papá me lo anticipó. Y usted, polizonte... no quiero marcharme al otro barrio sin ayudarle. Hilliard tiene todos sus documentos secretos... en una caja fuerte disimulada... disimulada en el zócalo de la chimenea de su casa.

Wolf esperó a que el herido dijera algo más. Su silencio le alarmó. Se inclinó más y vio que tenía los ojos vidriosos. Estaba muerto. Wolf se los cerró.

Lejos, por la calle, sonaba el aullido de una sirena que se aproximaba.

Wolf se puso en pie.

—Lo siento, tengo que marcharme antes que llegue la policía y se compliquen las cosas para mí. Le tomo prestado el auto de Rolan.

Tacetta Mac Faden sollozaba quedamente estrechando contra su pecho la cabeza de su hermano.

CAPÍTULO VIII

Al llegar a la fuente monumental en memoria de James Scott, en el extremo de Highland Park, Wolf Carey detuvo el auto, apagó las luces y esperó.

El capitán Spratt llegó en un automóvil, con cuatro detectives, diez minutos más tarde. La entrevista tuvo lugar en el auto de Wolf. Este informó del resultado negativo de su entrevista con Mac Faden y del ataque en que el último perdió la vida, agregando después:

—Alguien de la banda de Bridgman debía estar espiando la casa de Mac Faden para sorprenderle si se acercaba por allí. Me vieron con él. Seguramente piensan que fui a entrevistarme con este para pasarme al bando de Hilliard.

—Desde luego, no hay ni que pensar en enviarte de nuevo con la cuadrilla —asintió Spratt.

—Aparte, claro, que no sabría dónde encontrarles.

—Sabemos dónde se esconde Bridgman. Se refugió con su banda en una quinta de recreo en la playa de Lakeside. Pero tú no irás allí.

—He estado reflexionando acerca de la actual situación y he pensado que sería una buena ocasión para intentar enrolarme en la cuadrilla de Hilliard.

—Sería demasiado peligroso. Después de todo, ¿qué ventajas nos reportaría aceptar ese riesgo?

—Hilliard tiene un escondrijo secreto bajo el zócalo de la chimenea de su casa. Si hay algún documento comprometedor para él, ese y quizá otros tienen que estar escondidos allí.

—No te preocupe eso. Si Hilliard tiene algún documento comprometedor en ese escondrijo, nos incautaremos de él cuando consigamos un mandato judicial de registro.

—¡Pero es que si Hilliard se ve en peligro, lo primero que hará será destruir cuantos papeles, contratos o recibos representen una prueba acusatoria contra él! ¿No lo comprende? Tenemos que sacar del escondrijo esos documentos antes de que se sienta acorralado y los destruya.

Después de breve discusión, aunque a regañadientes, Spratt accedió a que Carey llevara adelante su arriesgado plan.

—Vigilaremos la casa por si te sacan de allí envuelto en una lona para llevarte al lago y echarte al agua con un anclote atado a los pies —dijo al despedirle con acento pesimista.

Wolf Carey puso el auto en marcha, cruzando el parque hasta que se detuvo ante la verja que cerraba el parque de la suntuosa mansión

propiedad de Harry Hilliard. Dos hombres acudieron junto al automóvil.

—Soy Wolf Carey y quiero ver al jefe —dijo con energía.

—¡Oye! ¿Tú no eres uno de la pandilla de Watson? —exclamó receloso uno de los hombres.

—Lo era hasta anoche. Ahora soy de vuestro bando… si es que Hilliard quiere tomarme. Por eso quiero hablar con él.

—Tendrás que esperar a que regrese Mac Faden. Hilliard no se ocupa de esa clase de asuntos. Mac Faden es su lugarteniente y el que decide en estas cuestiones.

—Mac Faden no vendrá. Este es su auto. A Mac Faden acaban de matarle.

Los dos hombres cambiaron una mirada entre sí.

—Será cuestión de llamar a Wells —dijo uno.

El otro se alejó hacia el pabellón contiguo a la verja de entrada, desde donde, al parecer, telefoneó a la casa cuyas luces brillaban al fondo de la arboleda. Pasados unos minutos regresó y se acercó de nuevo al automóvil.

—Wells me dice que lo acompañe a la casa. ¿Estás armado?

—Sí —contestó Wolf.

—Dame tu pistola —dijo el otro abriendo la portezuela y subiendo al coche.

Wolf le entregó su revólver y puso el auto en marcha, avanzando por la alameda hasta la casa.

—¿Denton? —llamó una voz desde la puerta.

—Sí, Wells. Vamos, tú, ven conmigo.

Wells era un tipo con aires de boxeador. Bajo el brazo sostenía una escopeta de cañones aserrados. Se hizo cargo de la pistola de Wolf que le entregaba su compañero Denton y señaló la puerta.



Las balas silbaban por todas partes

Wolf entró escoltado por Wells, el cual le condujo a la biblioteca donde días atrás Hilliard había sostenido aquella decisiva discusión con Peter Bridgman. Con alguna ansiedad, Hilliard se puso en pie al entrar los dos hombres y preguntó:

—¿Es cierto que han matado a Mac Faden?

—Sí, a la puerta de su casa. Abel Raco y algunos más de la pandilla estaban en la calle sobre un auto y le ametrallaron cuando salía.

Hilliard se dejó caer en la butaca forrada de cuero.

—Bridgman —murmuró apretando los puños—. Fue una temeridad de Mac Faden volver a su casa. ¿Por qué iría?

—Creo que yo tuve la culpa —murmuró Carey—. Esta mañana estuve a ver a la hermana de Mac Faden. Creo que le caí simpático a la chica. Yo fui allí a preguntarle si sabía del paradero de su hermano. Quería pasarme a su bando... A la chica le gustó la idea. Dijo que procuraría arreglarlo con su hermano. Mac Faden acudió y... eso fue todo.

Los ojos de Hilliard se clavaron desconfiados en el rostro de Wolf Carey.

—Me suena un poco raro lo que estás contando, amigo. ¿Seguro que no llevaste a Mac Faden a una emboscada para que tus amigos le acribillaran a balazos?

—¿Estaría yo aquí, entonces?

—No lo sé. Dices que quieres pasarte a nuestro bando. ¿Por qué?

—Antes que pelearan, su banda y la de Bridgman eran la misma cosa. Ahora que han roto sus relaciones, cada cual es dueño de inclinarse del bando que más le convenga, ¿no es cierto? Yo soy amigo de los Mac Faden... es decir: lo era del viejo Mac Faden y lo soy de su hija.

A Rolan no le había tratado, pero me era simpático... ¡pobre muchacho, le pusieron como un colador!

—¿Dónde estabas tú cuando mataron a Rolan?

—Dentro de la casa. Salí a la calle disparando contra el auto, pero ellos tenían una ametralladora y me obligaron a esconderme detrás de un árbol.

Hilliard siguió mirando a Carey con desconfianza.

—¿Estabas anoche con la pandilla de Watson cuando os atacamos?

—Sí. Watson y los suyos se portaron conmigo como cochinos. Se subieron al auto y escaparon sin esperarme. Tuve que salir huyendo a campo traviesa por aquellos sembrados llenos de barro y andar más de cinco millas hasta que encontré un taxi que me llevó al centro de la ciudad.

—¿No has vuelto a ver a tu pandilla desde anoche?

—No.

—¿Pero sabes dónde están escondidos?

—Les oí decir algo sobre una quinta de recreo en la costa por los alrededores de Lakeside. Estuve esta tarde dando vueltas por Lakeside,

pero no pude dar con la casa.

El teléfono repicó en este momento sobre la mesa. Hilliard alargó la mano y descolgó el aparato.

—¿Quién? —escuchó y asintió con la cabeza—. Está bien, hacedle pasar.

Dejó el teléfono sobre el soporte y se volvió hacia Wells.

—Esperad en el salón. Voy a recibir una visita —dijo secamente.

Wells hizo una seña a Carey para que le siguiera, llevándole por una puerta lateral a un gran salón en el que destacaba una rica y monumental chimenea de mármol.

—¿Puedo sentarme? —preguntó Wolf. Y sin esperar la respuesta de Wells se dejó caer en un profundo sillón.

Wells continuó de pie con aire aburrido, hasta que pasados unos minutos se abrió la puerta por la que acababan de salir y asomó Harry Hilliard llamando a Wells.

—No te muevas de aquí —gruñó Wells, dirigiéndose a la biblioteca, cuya puerta había dejado Hilliard entreabierta.

A través de la abertura, Wolf miró con curiosidad, reconociendo al sargento Steuben de la policía que estaba de pie ante la mesa de Hilliard. Wells se interpuso en el campo visual de Wolf al entrar en la biblioteca. Luego la puerta se cerró, pero Wolf ya había visto suficiente para sacar sus propias deducciones. ¿De modo que Steuben era el misterioso confidente del sindicato en el cuerpo de policía?

Wolf miró hacia la chimenea de mármol, pero no se atrevió a acercarse por si Wells volvía de un momento a otro.

Pero Wells no volvió. Pasaron otros cuatro o cinco minutos y la puerta de la biblioteca se abrió, asomando Harry Hilliard.

—Ven aquí, muchacho.

Wolf entró en la biblioteca. Ni Steuben ni Wells estaban ya allí.

—Acabo de recibir una confidencia digna de todo crédito. Parece ser que, en efecto, Bridgman y su pandilla están refugiados en una quinta de recreo en Lakeside —dijo Hilliard.

Wolf no dijo palabra, aunque pensó lo mucho que le gustaría desenmascarar al ladino sargento Steuben llegado el momento oportuno.

Hilliard prosiguió abriendo un cajón de la mesa y sacando una pistola japonesa que examinó mientras hablaba:

—O eres muy listo, o has tenido mucha suerte al escoger el momento oportuno para separarte de Bridgman. ¿Has manejado una ametralladora alguna vez? —preguntó poniéndose en pie.

—Muchas veces, en la guerra de Corea.

—¿Has sido soldado, eh? Mucho mejor, lo que vas a ver esta noche te recordará una acción de «commandos».

Hilliard se dirigió al rincón que quedaba detrás de la puerta y apretó en

determinado sitio de la moldura. Una sección de la estantería se abrió silenciosamente, mostrando un armero bien dotado de ametralladoras y rifles. Hilliard cogió una metralleta y un puñado de cargadores y se los entregó a Wolf.

Wells entró en este momento y quedóse mirando a Wolf con disgusto. Hilliard recogió su mirada y dijo:

—Carey nos acompañará también. Ojalá tuviéramos media docena más de amigos de quienes echar mano. La cuadrilla de Bridgman nos supera en número, y no quisiera que uno solo escapara con vida de aquella casa.

Wells profirió un gruñido, miró de nuevo a Wolf y, como resignándose, sacó del cinturón el revólver que le habían quitado y se lo devolvió. Luego cogió una metralleta del armero y les siguió.

Al salir de la casa, Hilliard vio el auto de Rolan Mac Faden.

—¿Has venido en el auto de Mac Faden? Bien, iremos en él. Mis automóviles son demasiado conocidos.

Dos hombres armados de ametralladoras esperaban junto a un auto del tipo de los «wagon-station». Wells les hizo una seña y los dos subieron al auto, que partió en primer lugar.

Hilliard, Wells y Carey subieron al auto del infortunado Mac Faden. Wells tomó el volante llevando a Wolf a su lado.

Según Carey no tardaría en saber, antes de dirigirse a Lakeside, la banda pasó por un destartalado almacén situado en la zona de los muelles para tomar a otros tres individuos que se agregaron a los cuatro hombres que viajaban en el «wagon-station».

Por Gratiot Avenue, los dos autos se dirigieron a buena velocidad en dirección a Lakeside.

Wolf se preguntó si el capitán Spratt y sus muchachos estarían sobre su pista siguiéndoles hasta Lakeside. Una opresión en el estómago le estaba diciendo que se encontraba bajo la influencia de un mal presentimiento.

En efecto, Hilliard había fiado en la palabra del sargento Steuben. ¿Pero le era fiel el sargento… o estaría más bien de la parte de Bridgman, conduciéndoles hasta una trampa de la que nadie escaparía?

¿En qué bando jugaban los intereses de Steuben?

Wolf supuso que, puesto que pertenecía a la policía de tráfico, la misión del sargento había consistido, hasta entonces, en prevenir el momento en que los autos patrulleros de la policía se encontrarían lejos del lugar donde los «gangsters» se proponían asaltar los camiones. No era aventurado colegir que Steuben recibía también una parte de los beneficios obtenidos con la venta de las mercancías robadas.

Así, pues, los intereses de Steuben estaban más cerca de Bridgman que de Hilliard. ¿No se proponía Hilliard acabar con los asaltos a los camiones?

La impresión de que iban rectos a una trampa, llegó a hacerse tan Insistente en el ánimo de Wolf, que hubo un momento en que este estuvo

tentado de decirle a Hilliard lo que pensaba y sugerirle volver atrás.

Pero se contuvo.

Que Hilliard sorprendiera a Bridgman, o que sucediese lo contrario, era indiferente desde el punto de vista de la policía. Lo único que lo diferenciaba, era que él estaba con las víctimas y se exponía a que le mataran también. Pero él era un agente del FBI. Si para librar a la sociedad de aquellos bichos venenosos, la policía tenía que dejarles aniquilarse entre sí, Wolf Carey no podía impedirlo. No tenía derecho a advertir a Hilliard para salvarse él y que al mismo tiempo se salvaran Hilliard y sus pistoleros.

«Nos iremos todos al infierno» —masculló entre dientes.

—¿Decías algo, muchacho? —preguntó Wells, mirándole.

—¿Cómo? ¡Oh, no! No decía nada.

Poco después los automóviles de la pandilla abandonaban Gratiot Avenue tomando una autopista a la derecha hacia Lakeside. Antes de llegar a esta localidad, Wells abandonó la autopista tomando una carretera secundaria paralela a la playa.

El olor a algas y el rumor de las olas indicó a Wolf la proximidad del lago. Wells detuvo el auto para consultar un plano. Luego continuaron adelante seguidos del «station-wagon» que ahora marchaba detrás. A la izquierda de la carretera formaban una línea casi ininterrumpida las quintas de recreo, los balnearios y los establecimientos de baños. Aquí y allá brillaban las luces de neón de algunos restaurantes y clubs.

Wells, al parecer, debía de tomar el nombre de alguno de estos restaurantes como punto de referencia. Poco después pasaban una estación de gasolina. Bruscamente, Wells dobló a la izquierda metiendo el auto por un camino de grava.

Unos metros más allá se detuvieron.

—Esa debe ser la casa —señaló Wells a una luz que brillaba más allá de las dunas.

—Bien, vamos allá —dijo Hilliard, saltando a tierra.

Wells apagó las luces del auto y se apeó a su vez.

Aunque hubiera preferido quedarse en el coche, Wolf se apeó también. El «wagon-station» se detuvo detrás y apagó todas sus luces. Siete hombres se apearon del segundo auto. Tres de ellos empuñaban metralletas y uno una escopeta. Los demás sacaron sus pistolas reuniéndose en torno a Hilliard.

Si la cuadrilla de Bridgman se hubiese encontrado emboscada tras las dunas, este habría sido el momento ideal de abrir fuego de ametralladora contra el grupo. Pero nada ocurrió y Wolf empezó a pensar que acaso estuviera equivocado después de todo.

—Desplegaremos para cercar la casa y avanzar todos al mismo tiempo —dijo Hilliard. Guardó un breve silencio y suspiró—: ¡Lástima que no esté

aquí Rolan para dirigir el ataque!

—No es tan complicado —repuso Wells con acento que hacía presumir que había sentido celos de Mac Faden cuando este ejercía la jefatura del grupo—. Todo se reduce a pillarles de sorpresa y achicharrarles antes que puedan organizar la defensa.

—Bueno, adelante —refunfuñó Hilliard.

Pero al avanzar la cuadrilla él se quedó discretamente atrás.

La banda desplegó en una amplia línea, quedando Wolf en compañía de Wells en el centro, con Hilliard rezagado a sus espaldas.

Al acostumbrar sus ojos a la luz ambiente, Wolf pudo ver la casa. Se trataba de un «chalet» pequeño, sin muchas pretensiones, de una sola planta con un pórtico corrido que abarcaba la fachada de cara al lago y también la parte que miraba al sur y estaba protegida de los vientos del norte.

Cerca del «chalet» se veían montones de materiales de construcción destinados, al parecer, a otra casa que se levantaría junto a él. Wolf vio un gran montón de ladrillos cuidadosamente ordenados en filas, vigas de hormigón armado y una pila de tablones. Todos estos materiales, que ofrecían un buen escondite para una emboscada, quedaban detrás de la línea que avanzaba hacia la casa y no fueron registrados.

Wells, así como Hilliard, parecían confiar plenamente en los informes suministrados por el sargento Steuben. Más tarde Wolf comprendería que, en cierto modo, la confianza de Hilliard y el resto de la cuadrilla se debía en gran parte a la coincidencia de la información de Steuben con la facilitada por él mismo.

Wolf había hablado de cierta casa en los alrededores de Lakeside, y luego había llegado Steuben concretando el lugar exacto.

Ahora la casa estaba ante la banda, y el deseo de Hilliard de aniquilar a sus rivales le hacía desestimar todo presentimiento acerca de una posible traición.

Una luz brillaba en la ventana orientada al sur, hacia la cual avanzaban. Al acercarse más pudieron escuchar ruido apagado de voces que, al parecer, procedían de la casa. Wells se detuvo para dar tiempo a sus hombres a que completaran el cerco.

Hilliard llegó y se detuvo detrás de Carey.

—Bueno, ¿a qué esperamos? —dijo impaciente.

Wells hizo una seña a Carey. Los dos avanzaron con sigilo hacia la ventana iluminada, llevando preparadas sus metralletas. Ahora podían escuchar perfectamente el apagado murmullo de voces.

«Demasiado confiados» —pensó Wolf para sí.

Las maderas del pórtico crujieron al pisar Wells la tarima. Se acercó de puntillas a la ventana y miró.

Wolf Carey se acercó a su vez. Detrás de los cristales había unos visillos.

A través de ellos Carey vio un grupo de cinco hombres en mangas de camisa sentados alrededor de una mesa, entretenidos, al parecer, en una partida de naipes. Uno tenía la mano en alto sosteniendo un as. Las chaquetas colgaban de los respaldos de las sillas inmediatas...

Wells levantó el cañón de su metralleta para golpear los cristales. En el mismo instante, Carey descubrió qué cosa era la que le causaba extrañeza. ¡Los jugadores no se movían!

Los cristales cayeron con estruendo y Wells roció con su ametralladora a los falsos jugadores.

—¡Emboscada... no son más que muñecos! —gritó Wolf, sintiendo que la sangre se helaba en sus venas.

CAPÍTULO IX

Un certero presentimiento hizo saltar a Wolf Carey a un lado, a dos metros de distancia de la ventana. Al mismo tiempo crepitaron las ametralladoras desde el montón de ladrillos situado a unos 30 pasos de la casa.

Wells brincó al clavarse las balas en su espalda, giró en trágica pirueta y cayó de bruces contra los tablones del pórtico.

Las ametralladoras siguieron disparando, corriéndose hacia la izquierda en busca de Wolf. Este retrocedió por instinto contra el muro. Su formidable salto le había llevado hasta una pequeña puerta que cedió bajo su empuje.

Wolf cayó de espaldas. Las balas dibujaron una línea desigual en los ladrillos del muro, entraron por la puerta y pasaron silbando sobre la cabeza de Wolf para echar abajo con estruendo unos cristales.

Carey rodó por el piso saliendo de la trayectoria de las balas.

Al ponerse en pie vio que se encontraba en una cocina sumida en la oscuridad. Afuera seguían crepitando las ametralladoras. Estas cesaron bruscamente de disparar, y como un eco restallaron en la parte de atrás de la casa. Allí cerca seguían escuchándose voces.

Wolf corrió hacia la puerta cuyos cristales habían caído bajo las balas. La cocina daba directamente a la habitación donde los muñecos seguían jugando a las cartas.

Eran maniquíes. La descarga de Wells había derribado al que tenía el brazo en alto. En el suelo, Wolf vio una grabadora de cinta que estaba funcionando. Era de esta de donde procedía el murmullo de voces. La trampa había sido montada con todo lujo de detalles.

Wolf levantó la mano hacia el interruptor del marco y apagó la luz. Luego cruzó la habitación a oscuras para asomarse a la ventana.

La lucha parecía concentrada ahora en la parte de atrás y la fachada principal de la casa.

Una puerta se abrió de pronto, la que daba al pórtico sobre la fachada orientada hacia el lago. Una figura se perfiló vagamente en el hueco de la puerta. Brilló el pestañeo anaranjado de una ametralladora. La habitación se llenó del estruendo de los disparos y el chirrido de las balas que volaban por todas partes destrozándolo todo.

Wolf se dejó caer sobre una rodilla y disparó su metralleta desde la altura de la cadera. No sabía si el intruso era de la pandilla de Bridgman o un hombre de la banda de Hilliard, Quienquiera que fuese era enemigo suyo y estaba disparando como un loco a riesgo de matarle.

El hombre cayó y Wolf sintió el golpe sordo de su cuerpo al pegar en el suelo.

De pronto saltó otra figura que quedó un segundo recuadrada por el vano de la puerta. El hombre disparó dos escopetazos, uno hacia la derecha y otro a la izquierda.

Las postas barrieron la habitación dispersadas en todas direcciones.

Wolf disparó. El hombre salió reculando por la puerta.

Wolf continuó hasta que agotó el cargador y el hombre quedó tendido de través en el pórtico.

Mientras sacaba el cargador y lo reponía con otro lleno de cartuchos, pistolas y ametralladoras libraban un furioso combate afuera.

Se produjo, de pronto, una pausa en el tiroteo. Wolf escuchó el chirrido de una puerta a sus espaldas. Se volvió, arrodillado y con la ametralladora presta para disparar.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz.

Wolf creyó reconocer la voz de Peter Bridgman. Sin embargo, no estaba seguro.

—¿Es usted, Bridgman?

—¿Quién eres? —rugió la voz.

—Wolf Carey.

—¡Tú, maldito traidor!

Un disparo abrió un fogonazo en la oscuridad. La bala pegó en una pata de la mesa a la cual estaban sentados los muñecos. Wolf no disparó. Era un agente de la Ley y una de sus obligaciones consistía en conminar a Bridgman a la rendición antes de matarle.

—Soy un agente federal, Bridgman. Mejor que se rinda y tire al suelo su pistola.

—¡Un agente federal! ¡Maldito seas mil veces, Carey, te mataré aunque sea lo último que haga en este mundo!

Como un loco empezó a disparar Bridgman al mismo tiempo que avanzaba. Wolf hizo fuego con la metralleta barriendo hacia el lugar donde brillaban los fogonazos.

Al cesar los disparos se escuchó el rumor de un cuerpo que caía blandamente al suelo. Wolf se puso en pie…

De pronto brilló la luz eléctrica.

Wolf se volvió sobresaltado buscando al autor de la sorpresa. Saltó a un lado contra la pared. El disparo de Abel Raco le peinó los cabellos. Estaba en la puerta del fondo y empuñaba una pistola. Wolf tiró del gatillo.

La descarga cogió de través al pequeño y perverso hombrecillo. Wolf atizó un golpe a la lámpara con el cañón de la ametralladora.

La luz se apagó cuando una rociada de balas entraba por la ventana destrozando los cristales que aún quedaban.

Wolf agazapóse tras la mesa, bajo una lluvia de cristal pulverizado.

Corrió a gatas hacia la puerta y se tendió en el suelo mirando afuera. Un hombre corría por la playa. Wolf disparó contra el bulto.

El hombre se detuvo en seco y rodó por el suelo.

Escuchóse de pronto una voz potente, difundida, sin duda, a través de un amplificador:

—¡Alto el fuego, que nadie dispare! ¡El F.B.I. tiene rodeada la casa! ¡Ríndanse!

Wolf respiró aliviado. Spratt llegaba en el momento oportuno.

La voz amplificada rugió de nuevo.

—¡Wolf Carey! ¿Está usted ahí?

—Sí… ¡Sí! —gritó Wolf a todo pulmón—. Estoy en la casa. No creo que haya nadie más.

Unos potentes focos iluminaron el edificio. Wolf pudo ver entonces al hombre que estaba tendido de través en el pórtico. Era Ralph Watson. Un hilo de sangre le manaba por la comisura de la boca. Más lejos yacía otro hombre junto a una escopeta de cañones aserrados. Era el gordo Sam Spruce.

—¡Voy a avanzar, Carey! —gritó el capitán.

—Loado sea Dios —murmuró este para sí, entre dientes.

Poco después se encontraba con Spratt ante la casa. Los hombres del F.B.I. se movían lentamente empuñando ametralladoras y rifles.

—Vaya, Wolf. Por segunda vez salvas la piel por milagro. Ya te dije que era demasiado peligroso lo que querías hacer —dijo Spratt. Señaló el cadáver de la playa y los dos que estaban ante la casa—. ¿Los liquidaste tú?

—No tuve más remedio. Después de todo, creo que yo era el único que luchaba con ventaja. Todos eran enemigos míos, así que todo se reducía a disparar contra lo primero que saliera. Mire dentro de la casa, allí hay un regalito para usted.

—Bridgman, ¿eh?

—Sí.

Una sirena chillaba en la carretera de la playa.

—Allí acabo de ver a Hilliard —dijo Spratt—. También está muerto.

Spratt entró en la casa alumbrándose con la linterna, mientras que Wolf echaba a andar hacia el lugar donde yacía Hilliard. Spratt se le reunió poco después.

—Buen trabajo, Carey —dijo palmeando en la espalda de Wolf—. Tú solo terminaste casi con toda la banda. Ahí llega la policía.

Dos autos llegaron haciendo sonar sus sirenas. Bajo la potente luz de lo faros, el sargento Steuben avanzó seguido de cuatro o cinco agentes uniformados.

—¡Vaya, usted de nuevo, capitán Spratt! —exclamó el sargento al reconocer al oficial—. Por lo visto se nos anticipó también esta vez. ¿Quién

es el muerto?

—Harry Hilliard —dijo Wolf.

El sargento le miró.

—¡Usted! —exclamó—. Al fin le cogieron, ¿eh?

—Se equivoca, usted está cogido —respondió Carey sin poder disimular su coraje—. Le vi no hace una hora en el despacho de Hilliard. Creo que fue allí con una información muy valiosa... para Bridgman. La emboscada en que cayó Hilliard fue en gran parte un éxito debido a usted.

—¡Este tipo está loco! —chilló Steuben agitadamente—. ¡Claro que nadie aceptará por válida la declaración de un pistolero contra la de un sargento de policía!

—También en eso se equivoca, Steuben —repuso Spratt con estudiada calma—. Temo que no haya salvación para el sargento Steuben ante la declaración del teniente Carey del F.B.I.

—¡Teniente Carey! —exclamó Steuben. Y añadió en un soplo de apagada voz—: ¡Del F.B.I....!

EPÍLOGO

El día que Wolf Carey salió de Detroit para regresar a San Francisco, a cuya demarcación pertenecía, el capitán Spratt fue a despedirle a la estación del ferrocarril.

Grandes y oscuros nubarrones se habían acumulado sobre la ciudad durante la mañana, y las primeras gotas de lluvia empezaban a caer cuando Spratt, saltó de su automóvil y entró en la estación. Encontró a Carey en el andén, de pie junto a un par de maletas, consultando nerviosamente su reloj.

—¡Qué! ¿Impaciente por tomar el tren y verse de nuevo en su clara y radiante California?

—Hola, capitán. Es una sorpresa, no esperaba verle de nuevo después de habernos despedido ayer.

—No quería que se marchara sin conocer la conclusión definitiva del caso. Esta mañana procedimos a la incautación, por vía judicial, de los documentos que Hilliard guardaba en su caja fuerte secreta. Tenía usted razón, hubiera sido una lástima perder esa documentación tan valiosa. No es que importe mucho en lo que se refiere a Hilliard. Él ha muerto. Los documentos ponen al descubierto los oscuros manejos de la dirección del sindicato de los camiones, y constituyen la mayor repulsa de que se han valido un puñado de «gangsters» para dominar una de las arterias mas vitales para la economía y el desenvolvimiento de la nación; el sindicato de los transportistas.

Wolf no parecía prestar mucha atención a las palabras de Spratt. Seguía lanzando furtivas ojeadas a su reloj e impacientes miradas hacia la entrada al andén. Un mozo negro llegó para hacerse cargo de las maletas.

—¿Qué le ocurre? ¿Espera usted a alguien? —gruñó Spratt.

—Sí, aquí llega —repuso Wolf. Y su rostro se trasfiguró, radiante de felicidad.

Spratt se volvió, viendo a una muchacha de estatura regular, esbelta y linda, la cual llegaba apresuradamente llevando una maleta, seguida de un mozo que transportaba otras dos. La joven, haciendo ondear los faldones de su impermeable de celofán, llegó hasta Wolf y le echó los brazos al cuello.

Spratt estuvo observándoles con el ceño fruncido mientras cambiaban un beso. Un poco sonrojado, Carey se volvió hacia Spratt.

—Me parece que no conoce usted a la señora Carey.

—¡Oh, no! —exclamó Spratt con amplia sonrisa. De pronto se puso grave—. ¿Desde cuándo es usted casado?

—Desde esta mañana. Ella era la señorita Mac Faden hasta que hace un par de horas se convirtió en la señora Carey.

—¿De veras? Es una sorpresa —murmuró Spratt—. Enhorabuena. Se han perdido ustedes por lo menos mi regalo. ¿Por qué tanto secreto?

—Un agente del F.B.I. tiene derecho a guardar algún secretillo a sus jefes, ¿no es cierto? No lo tome a mal. Fue algo… repentino. Yo había ido a despedirme de la señorita Mac Faden, y cuando iba a marcharme descubrimos que deseábamos estar juntos.

Spratt sonrió.

—Comprendo. Y ahora suban al tren, no vayan a quedarse en tierra. Van a dar la salida.

Wolf empujó a su linda esposa por la puerta del vagón del ferrocarril. El tren empezaba a moverse cuando todavía el mozo echaba arriba las maletas.

—¡Adiós! —gritó Wolf, sacando la cabeza—. Fue muy agradable trabajar con usted, pero detesto el clima de esta condenada ciudad.

Tacetta Mac Faden se asomó también y saludó al capitán lanzándole un beso con la mano. El tren iba ganando velocidad y Spratt saludó con la mano.

—¡Buen viaje! ¡Les mandaré mi regalo a San Francisco!

Desde el andén, Spratt vio cómo se empequeñecían las dos figuras que seguían saludándole. Luego el tren se perdió de vista y Spratt suspiró dirigiéndose hacia la salida con las demás personas que habían acudido a despedir a parientes y amigos.

Llovía y soplaba un viento frío y húmedo cuando Spratt salió a la calle. Mientras iba hacia su automóvil subióse el cuello del sobretodo, y levantando los ojos al cielo plomizo, murmuró:

—¡Condenado clima! Ya lleva razón el muchacho… ¡quién pudiera estar en su lugar!

FIN



CUATRO ESPIAS VAN A MORIR

—¿Dónde piensa ir ahora, Martin?

—A Holdenberg. Tengo la llave del escondite de Rains.

—Pero en Holdenberg le estarán buscando a usted.

—Es lo que precisamente quiso Ludek —sonrió Falk.

—Lo que sugiere es horrible...

—Es ley de guerra. Sacrificar unos cuantos, para salvar a unos miles. He ido analizando... Ludek nos envía a Holdenberg. Según él, apenas recibamos nuevas instrucciones, iremos a construir un «blockhaus». El sitio subterráneo desde el cual, cuando nos señalen la orientación, abriremos camino hacia «SW». Y aloja a dos saboteadores en una posada, donde seguramente hay espías de la Gestapo.

—Quisiera que se equivocase en sus sospechas, Martin.

—Ojalá. Pero me pasé tres meses entrenándome en el manejo de instrumentos de minero. Haciendo vida de... minero. Bien, iba a decir cartujo, pero quedamos en que era imposible.

Rió ella. Infantilmente.

Cuatro hombres estaban condenados a muerte... ¡y ellos lo sabían!

CUATRO ESPIAS VAN A MORIR

¡Sensacional novela de PETER DEBRY que usted podrá leer en nuestro próximo número!



COMO OPERA EL F. B. I.

Todos tenemos una idea de qué es y cómo opera la más eficaz organización creada contra el imperio del crimen.

Ahora bien, ¿corresponde nuestra idea a la realidad? ¿No será ésta más emocionante todavía que la ficción?

En estas páginas están los hechos auténticos.

marabú ZAS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain